EL PIRATA NEGRO

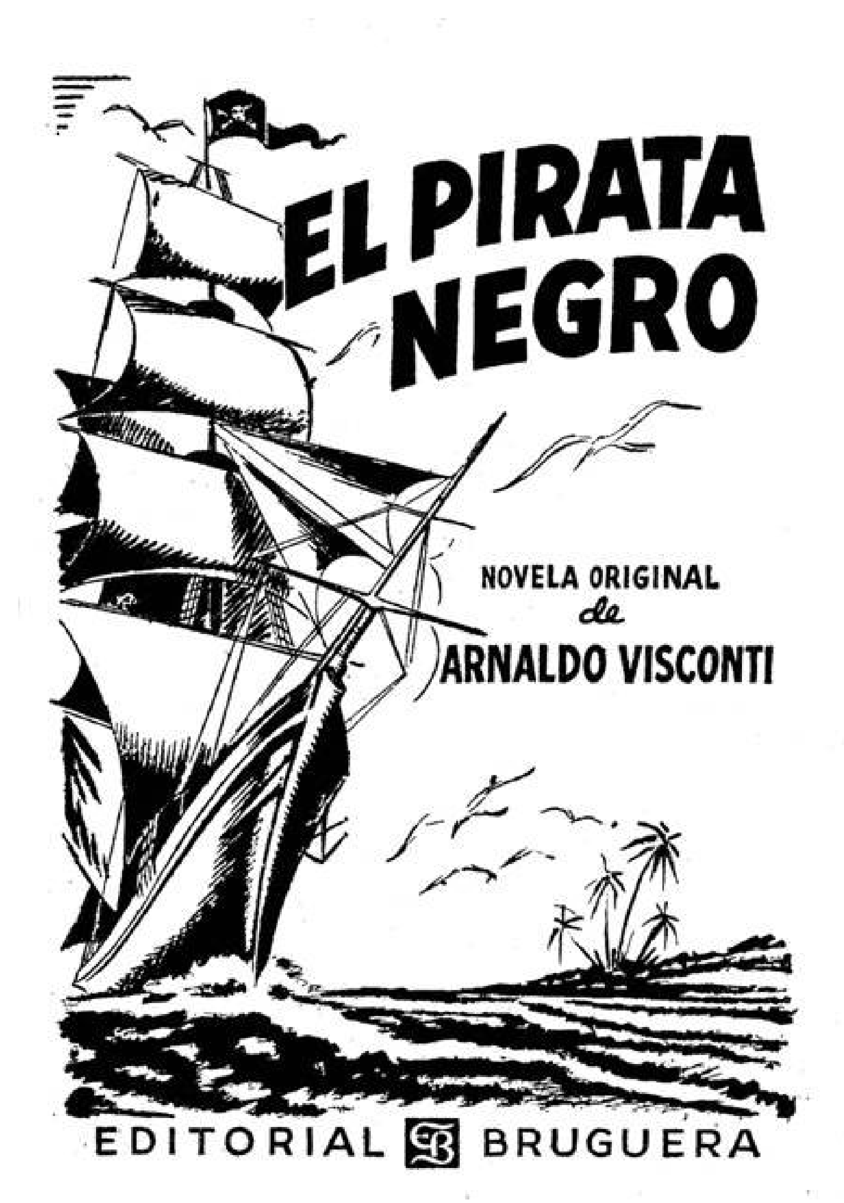
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

PROVENSAL

EL LINCE DESORIENTADO


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL B BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El lince desorientado

Colección El Pirata Negro n.° 81

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


El
LINCE
DESORIENTADO

CAPÍTULO PRIMERO

Un Adonis siniestro

El chambelán, introductor de las visitas que habían solicitado audiencia del virrey de Nueva Granada, en su palacio residencial de Latacunga, era cortesano avezado a contemplar con indiferencia y enfática prosopopeya a cuantos personajes durante años había visto desfilar en el ejercicio de su cometido.

Pintorescos aventureros encopetados, embaucadores provistos de título y recomendaciones, rudos soldados de genio poco dúctil, palaciegos sinuosos y flexibles, toda la fauna multicolor que poblaba el continente americano, al hacer antesala en espera de ser recibidos habían conferido al chambelán una vasta experiencia en reconocer calidades y oficios.

Y también una insensibilidad por lo que respetaba a la facultad de asombrarse. Pero mientras duraban las visitas, el chambelán debía permanecer en pie, y, ante la puerta cerrada, erguida la cabeza y apoyando en el suelo con marcialidad el alto bastón de puño con borlas, emblema y exteriorización de su cargo.

En esas etapas de espera, hasta que la salida de un visitante no hiciera al escribano que tomaba nota de los convocados notificar en voz alta, al chambelán, el nombre del siguiente visitante, el introductor solía meditar en sus escasos problemas, a menos que las trazas de alguno de los que esperaban ser recibidos no le suscitara un motilo de aumentar su galería mental de retratos.

Era un arte en el que sobresalía el chambelán. Jactábase en la intimidad hogareña, ante la admiración de su esposa, de que con breves ojeadas sabía definir el carácter y oficio de un hombre.

Pero aquella mañana de enero del año 1723 el chambelán sentíase algo confuso, él que habitualmente poseía un rápido y

agudo “toque de vista”, según calificaba bu propiedad de retratar psicológicamente a mi desconocido.

Su confusión provenía de que hacía ya cinco minutos que, con más insistencia que nunca, detallaba a un individuo sin lograr definirlo aún con exactitud.

El aspecto era atractivo. Tratábase de un hombre en la plenitud de la edad, a lo sumo unos cuarenta años, alto, bien proporcionado vistiendo sobriamente, con innata distinción.

No llevaba arma alguna. Tan sólo un delgado bastón de puño negro y madera de color ámbar. Calzaba unas botas de corte militar con pequeñas espuelas de plata, pero el resto de su atuendo nada tenía de soldado.

Las calzas grises y la casaca del mismo color, así como la blanca camisa sedosa, podían tanto pertenecer a un mercader, como a un magistrado, como a un cortesano. Bajo el sobaco retenía un tricornio gris.

Sus ademanes eran pausados, y andaba con desenvoltura. Pero era el rostro el que desconcertaba al observador chambelán.

Un rostro extremadamente pálido, donde los delgados y rojísimos labios parecían un corte horizontal y sangriento. Era un rostro hermoso, sin delicadeza, de rasgos angulosos., donde pómulos y mentón destacábanse en el rasurado semblante.

Pero aquel rostro de grandes ojos grises casi siempre velados por los párpados, cuando el desconocido se detenía en su caminata a lo largo de la sala, y enmarcado en la ancha frente por rizosos cabellos de un color rubio obscuro, era un rostro desconcertante.

El chambelán trató de calificar al Adonis, y los adjetivos “siniestro”, “atractivo”, “peligroso”, “severo” fueron mezclándose en su mente, sin resultado categórico.

Quizá la delgada boca tenía un frunce cínico, como la marca que el tiempo va dejando en el hombre que, habiendo sondeado en todas las miserias humanas, está de vuelta de todo.

¿Un juez, un médico, un expulsado dignatario de la Iglesia? Para juez, le faltaba severidad de aspecto. Para médico, las botas militares con espuelas, eran detonantes.

Las manos del intrigante desconocido atrajeron de pronto la atención del chambelán. Unas manos blancas, modeladas como por un escultor meticuloso, que hubiera querido dar la impresión de

delicada fortaleza, de femenina fuerza…

La puerta abrióse a espaldas del chambelán, que se apartó con grandes muestras de respeto sincero. El conde Ferblanc y su hijo menor, el marqués de Ferjus, abandonaban el despacho del virrey.

El desconocido que estaba sentado, velando con sus párpados la inmensidad gris de sus ojos, los abrió de pronto, fijándolos con penetrante intensidad en los dos hombres que abandonaban la antesala.

Se levantó cuando el chambelán repitió el nombre que acababa de mencionar el escribano.

—Don Lorenzo Olivares.

Era el hombre rubio, era el Adonis siniestro, el que respondía a aquel nombre sin título ni mención honorífica, ni más tratamiento que el vulgar…

Y aumentó el desconcierto del chambelán porque, pese a la aparente vulgaridad de nombres del desconocido, éste era recibido inmediatamente después del conde Ferblanc, que nunca hacía antesala; y precediendo a altos personajes que habían llegado con anterioridad.

Quiso comprobar el chambelán si el escriban no había cometido error, y aumentó su intriga; porque los nombres de Lorenzo Olivares aparecían escritos, de puño y letra del propio virrey, con una mención al lado también de su letra que decía: “Introducid sin demora”.

Renato Pereña, marqués de Alvear, y virrey de Nueva Granada, esperaba con verdadera curiosidad conocer personalmente al que, por informes, de Madrid, venía precedido de una fama especial, y un apodo que habíase ganado en sus anteriores andanzas por tierras americanas: el “Lince”.

Por hechos comprobados, se decía que Lorenzo Olivares poseía, entre varias facultades excepcionales, la de descubrir los más intrincados misterios. Le juzgaban dotado de un poder de penetración y clarividencia únicos.

Era mi artista de la indagación, y en cuantas pesquisas intervenía directamente, descubría rápidamente los más laberínticos problemas. Él era quien, especialmente llegado desde Madrid, había descubierto la tenebrosa conspiración de La Española, quien había capturado al escurridizo y misterioso cabecilla rebelde de

Nicaragua...

Como categoría tenía la de jefe supremo de las fuerzas cívicas de investigación y policía.

Y éste era el hombre que, tras hacer fracasar al experto psicólogo chambelán, saludaba ahora ceremoniosamente al virrey, el cual instantáneamente comprobó una verdad: los ojos que permanecían casi ocultos por sus párpados, tenían, al levantarlos, un poder, de extraña penetración casi molesta.

Como si dos taladros de acero aparecieran de pronto, dispuestos a perforar. Y casi pareció olvidarlo el virrey, cuando, sentándose a su invitación, Lorenzo Olivares de nuevo "corrió la cortina", entornando los párpados.

—Bienvenido, señor. Os mandé venir con urgencia, porque el caso lo requería.—Y a la vez que hablaba, el virrey tecleaba sobre el lomo de una carpeta en que con letras dc molde leíase: "Pañuelo Negro". —Precisamente os precedieron en visita el conde Ferblanc y su hijo menor. Habréis oído hablar del conde Ferblanc.

—Sí, excelencia.

La voz del que seguía con los párpados caídos era seca, metálica, sin inflexiones.

—¿Conocéis bien su carácter?

—La nutrida diversidad de episodios de que se compone su vida, me ha permitido, excelencia, formarme cabal cuenta de su ecléctica personalidad. Quien fue "espada justiciera", siendo pirata, y caballeroso cuándo bandolero del mar, puede muy bien ser bandolero justiciero cuando es coronel del ejército y jefe de la Legión del Mar.

—Ah...—Y, dispuesto a no asombrarse por nada, el virrey preguntó: —¿Suponéis, pues, que "Pañuelo Negro" es el conde Ferblanc?

—Mi profesión, que ejerzo desde hace veinte años, me obliga a no suponer nunca nada que no pueda demostrar palpablemente. Me he limitado, excelencia, a demostrar que creo conocer el carácter del señor conde de Ferblanc.

—¿Tenéis prevención contra él?.. ¿No os es simpático?

—En el ejercicio de mi profesión, no puedo consentirme el sentimiento de obedecer a inclinaciones de simpatía o antipatía. Para mí sólo existen dos clases o categorías de seres: los que acatan

las leyes y los que se ponen al margen de ellas.

—Antes hablasteis de un bandolero justiciero.

—"Pañuelo Negro", por lo que de él he oído a mis agentes, antes de visitaros, ha realizado dos actuaciones, de las cuales sólo una es punible, por cuanto ha quebrantado no sólo la ley privada, sino la ley internacional, que concede prerrogativas a los embajadores. Dio muerte al embajador de Venecia y a cuatro de sus servidores. Vos, excelencia, habéis publicado un edicto condenándolo a muerte en el patíbulo. Es, pues, mi deber, y lo cumpliré, el capturarlo.

—Puesto que estáis informado, me agradaría saber vuestra personal opinión.

—Solamente indicios, excelencia. Al alcance de todos.

La fría voz metálica de Lorenzo Olivares, sus párpados entornados, la sequedad de sus palabras, no molestaban al virrey, porque veía en aquel hombre un instrumento inexorable de la justicia, un instrumento dotado de talento.

—Una marca de tres cicatrices que forma la letra "F" en la mejilla de sus víctimas, trazada a punta de espada, cosa que sólo un acabado esgrimista puedo efectuar, como lo demostró el hecho de que su primor marcado lo fue el capitán Vergara, primerísima espada del Tercer Tercio, que había ofendido gravemente al coronel Lezama. Un pañuelo de negros encajes, que debe tener una significación, y otros indicios bastante significativos que no os puedo revelar aún porque os podrían provocar una justa indignación que podría entorpecer mis pesquisas.

Renato Pereña manifestó su extrañeza.

—¿Decís que mi indignación podría estorbaros? No veo por qué, señor. Mi indignación es la lógica de todo sensato ciudadano que no tolera ni admite que un fuera ley campe por sus respetos, burlándose de toda autoridad.

No replicó Lorenzo Olivares, que, recogiendo la carpeta, púsose en pie.

Abrió los ojos, y de nuevo el virrey sintióse molesto. Una impresión que cuando ya habíase marchado "El Lince" definió el virrey con gráfica comparación de antiguo soldado: "Este hombre, al mirar, deja a uno con la sensación de que está desnudo".

* * *

—Es "majo" este caballero—dijo la criada de la hostería

principal de Latacunga, cuando Lorenzo Olivares, tras atravesar la sala, subía las escaleras.

—Lo es, pero tiene algo... algo raro —replicó la otra, que le estaba ayudando a limpiar las mesas.

—Rubio.

—No, porque he conocido muchos ingleses y franceses. Es otra cosa. No sé... Algo siniestro...

—¿Siniestro? Aclara, anonada, porque desde que te hace cucamonas un escritor, unas palabras que no son cristianas.

—Siniestro quiere decir algo de miedo.

La ciada aragonesa echó hacia atrás la cabeza para reír como si la cosquillearan.

Pues a mí no me da miedo este rubiales. Todo lo contrario.

—¡Ya está! Ya sé por qué me da "repeluso". Anda como un cadáver, con los ojos cerrados, y sus manos son blancas, de mujer... Las vi resaltar contra el puño negro del bastón.

—Hija, estás "tarumba" desde que el escritor te cuenta cosas de aparecidos.

—Es que dice que cuando tiemblo y se me agrandan los ojos; estoy preciosa. ¡Y sabe cada cuento! Se los saca de la mollera con...

—Pero es más feo que pegarle a un padre. Míralo... Ahí está tu delirio... ¡Parece un renacuajo con gafas!

Maese Alfredo Huarte, madrileño, gacetillero editor y casi por completo autor de "La Voz del Hurón", era enteco, esmirriado y miope. Pero era feliz porque era bondadoso y se sentía dispuesto siempre a perder la vida si con ello podía evitar el triunfo de la maldad.

Adoraba los animales, y en su habitación de huésped de honor del Tercer Tercio, junto a un gato roñoso y salvaje, una tortuga babeaba por encima de los revoltijos de papeles que inundaban su mesa.

En Madrid había conseguido fama de "loco lunático". En Puerto Colombia, y en Latacunga tenía fama de inteligentísimo, aunque insociable, poco aseado y excéntrico.

Para Infanta, la juvenil criada de la hostería, maese Huarte era un templo del saber, un poeta encantador y un generoso cliente que sabía hacer olvidar su fealdad.

—¿Qué os sirvo, don Alfredo?—inquirió presurosa Infanta,

contemplada desde lejos por la otra moza.

—Tu sonrisa luminosa que tiene albores de aurora.

Maese Huarte siempre había opinado que la mujer era un elemento decorativo. Y si era lírico era porque su natural sencillo le hacía decir nimiedades con la misma facilidad que las prodigaba a su tortuga.

—Tan pronto habéis venido hoy, que no sé qué serviros—dijo Infanta, suponiendo que se debía a sus encantos la temprana visita.

Maese Huarte aparte de su exterior físico, nunca triunfaría en lides amorosas, porque era sincero.

—No he venido a verte, Infanta. Me ha citado un caballero recién llegado esta mañana.

—¿Rubio y alto?

—No sé. Se llama don Lorenzo Olivareis.

—¡Ah!... ¡Es el Adonis siniestro.

Carape...—asombróse Huarte—. No seas retórica ni ampulosa, bella niña. Deja esos defectos a los que hacemos profesión de barajar calificativos. ¿Dónde se aloja don Lorenzo?

—Las dos habitaciones del final del primer rellano, don Alfredo.

Maese Huarte tras llamar, entró para verse examinado en veloz ojeada por Lorenzo Olivares. Quitóse el gacetillero las antiparras, las frotó con un gran pañuelo multicolor que se extrajo de uno de los repletos faldones de su casaca, y sus ojos de miope, ingenuamente descarados, miraron en silencio al apuesto jefe de policía.

—Alfredo Huarte a vuestra disposición, caballero.

—Sentaos, maese. Tengo excelentes informes de vuestra personalidad. Sois un buen servidor de las buenas causas, imparcial, justo e insobornable, Os necesito.

Sentóse maese Huarte y más certero que el chambelán pensó:

—“Un hipócrita. No mira rectamente. Se lava mucho”.

Para maese Huarte el hombre que era excesivamente pulcro, demostraba un inútil empeño en borrar con jabón y perfume, obscuras lacras.

—Os pido el absoluto secreto de cuanto os diga, maese. He venido para entregar al patíbulo al bandolero apodado “Pañuelo Negro”.

—¡Ah!... Ardua tarea.

Lorenzo Olivares abrió repentinamente los ojos, fijándolos con precisión casi hipnótica en el semblante del gacetillero.

—No tan difícil, puesto que vos sabéis quién es “Pañuelo Negro”.

—¿Eh? Vos me habéis mandado un agente con invitación de venir a veros. Aquí estoy, y soy Alfredo Huarte, editor y autor de “La Voz del Hurén”. ¿No me confundís?

—Hablemos claro, maese. Vos sois afecto a la casa de los Ferblanc.

—Cierto. Me dejaría matar por la señora marquesa y por el señor conde. ¿Pero qué tiene eso que ver con “Pañuelo Negro”?

—“Pañuelo Negro” no puede ser más que alguien de la casa Ferblanc.

—¿Sí?, Vos sois un jefe de policía, don Lorenzo. Si os dejáis guiar por los miles rumores del pueblo, no merecéis el renombre de Lince.

—Conozcámonos, maese. ¿Tenéis o no como ayudante a un expirata redimido de nombre Diego Lucientes?

—Don Diego es un caballero ejemplar.

—Os pido imparcialidad, maese. ¿Ejemplar un borrachín, fullero, mujeriego y pendenciero?

—Pecadores somos todos, y don Diego desde su llegada a Latacunga vive honestamente.

—A los hechos; maese. Diego Lucientes, que lleva varios días ausente, sin que se sepa su paradero, ha escrito varíate crónicas escandalosas en vuestra gaceta, empleando el seudónimo de Genoveva Lirio.

—Crónicas con las que fustiga el mal, ridiculizándolo y poniéndolo al descubierto.

—Crónica la suya última que era netamente una incitación a que “Pañuelo Negro” asesinara al embajador veneciano como tal ocurrió.

—Se limitó a pedir justicia contra un villano que amparado en un cargo y en la hidalga hospitalidad española cometía tropelías que por tan indignas clamaban justicia.

—Sois un romántico. La ley es la ley, pero no estamos reunidos para discutir diversos puntos de vista. Remontémonos a la primera aparición de “Pañuelo Negro”. Hirió gravemente a un capitán del Tercer Tercio que ofendió al coronel Lezama sin que éste

públicamente pudiera vengarle debido a su promesa al virrey.

—¡El conde Ferblanc no se tapa la cara para pelear!

—Refrenad vuestra parcialidad, señor. Hay en el hogar del coronel Lezama tres buenos espadachines: Su hijo mayor Cheij, la, hija de Lucientes Gabriela, y el propio Lucientes. La marea “F” ¿no es la inicial de Ferblanc? ¿“Pañuelo Negro” no tiene extraña semblanza con el antiguo apodo del actual conde Ferblanc? Meramente indicios; ya lo sé, maese. Tengo la absoluta convicción de que sabéis quién es “Pañuelo Negro” pero por bondadosa amistad lo calláis.

Levantóse Alfredo Huarte, ofendido.

—Me sois profundamente antipático, señor Olivares. Si os admiran por vuestro talento, y si sois como yo de la buena causa, no obsta para que os diga que me estáis insultando. Si yo supiera quién es “Pañuelo Negro”... pues, si resultase alguien por mí querido... ¡no estaría aquí! ¡Me habría ido con la conciencia culpable! Señor, adiós. Os deseo éxito.

La diestra blanca y cuidada del jefe de policía hizo un ademán invitador. Y apareció entonces el “insinuante”; el “cautivador”. Sus ojos abiertos miraron rectamente y sonrientes al hombrecillo.

—Gracias, maese. Sois un hombre honrado. No mentís. No me guardéis rencor. También quizás a mí me resulte penoso detener al conde Ferblanc o a algún familiar suyo, porque pueden serme simpáticos, pero mi profesión es dura y rígida y me impone el sacrificio de mis privados sentimientos. No acuso en balde, maese. Hay algo que vos ignoráis; pese a estar bien informado. La hija del virrey, estuvo toda una noche lejos de su casa. La raptó “Pañuelo Negro”, como he sabido por un agente que supo merecerse la confianza, de la amiga más íntima de Juan Pereda. Y el conde Ferblanc medió muy de cerca en todo el misterioso asunto del rapto y devolución.

Apabullado, Alfredo Huarte encogióse de hombros; fatalista.

—Bien, don Lorenzo. Me marcha. ¿En qué os puedo servir?

—No os pido colaboración, porque no quiero forzar vuestros sentimientos. Tan sólo quo en vuestra conciencia quede la obligación que tenéis sí “Pañuelo Negro” cometiera un verdadero crimen, de ayudarme. Por el instante, sólo os pido que tan pronto reaparezca Diego Lucientes, me lo notifiquéis. Y os exijo

amistosamente, que cuanto os he dicho permanezca secreto.

Saludó Huarte al que de nuevo había cerrado los ojos. Y al salir, también como el virrey retrató a Lorenzo Olivarles: “No quisiera yo ser “Pañuelo Negro? ante esos ojos de lechaza que todo lo sabe. Y tiene razón la niña: Lorenzo Olivares es un adonis siniestro, un genio tenebroso.

CAPITULO II

La cofradía de la aventura

—Yo opino que de esta hecha va listo el del pañuelo de luto. Está más copado que un piojo en camisa de marinero, ¿No crees tú lo mismo, don Marcelo?

"Cien Chirlos" limitóse a gruñir, asintiendo. Estaba con los otros tres piratas en el mayor de los hoyos naturales abiertos en la roca viva del barranco que servía a mudo de frontera entre la tierra sólida y la zona de las arenas movedizas.

El sol esplendiendo con fuerza arrancaba fulgores dorados a la extensa llanura vigilada en los cuatro puntos cardinales, al Oeste, por los cuatro piratas del "Aquilón", y en los otros tres puntos por hombres de la Legión del Mar.

—No te distraigas—reprochó Juan Pérez—. ¿No ves que nuestro segundo en jefe está pensando en su Colasa?

"Cien Chirlos" miró de soslayo a Juan Pérez, pero vio que el "gracioso" desde que la perra de laicas había salvado las vidas del Pirata Negro y su lugarteniente, profesaba como los otros, un sincero afecto hacia el animal, que antes era objeto de las burlas de todos.

—No te apures, compadre —le consoló Ambrosio Bustamante—. Yo opino que pronto estarás con tu Colasa, porque de ésta no escapa el "Pañuelo Negro". Éste—y señaló hacia sus espaldas—es uno de la banda.

Al fondo de la gruta, un individuo aparecía tumbado tendido sobre sus espaldas. Estaba sólidamente atado, y no obstante parecía no resentir la menor contrariedad.

—¿Te aburres, buen mozo?—inquirió Lucio Agudo.

—Nunca se aburre el hombre de imaginación —replicó Frasco

Zarzales, el sevillano, compañero de aventura de Humberto de Ferjus—. Vosotros cuatro sois hombres de confianza del hidalgo Lezama, por lo tanto como él y yo, pertenecéis a la amena cofradía de la aventura noble. No hay rivalidad entre nosotros. Hoy estoy yo prisionero. ¿Quién sabe si mañana no lo estaréis vosotros?

—Me gusta el barbián—comentó Juanelo—. Tiene gracejo y se toma las cosas con calma.

—Pero no fiemos—intervino "Cien Chirlos"—. Que bien me lo ha dicho nuestro jefe. Me dijo: "Este caballero aunque lo veas con amarras, trátalo con simpatía, porque es amigo mío, pero por el instante me interesa conservarlo a buen recaudo. Ojo con él, sin embargo; porque es como mi chacal. Parece un alegre trovador, y peleando es un energúmeno. Con que no le perdáis de vista". Y no tardará en venir para decidir lo que hay que hacer con este... este caballero.

—Tú eres don Marcelo, ¿no es así? —interrogó Zarzales.

—Sí, soy yo. ¿Pasa algo?—rezongó "Cien Chirlos".

—Pasa que eres magnífico. Me ha hablado de ti el señor Lucientes, que te considera él ejemplar de teniente más fiel y noble que pudo jamás poseer caballero andante alguno.

"Cien Chirlos" calló, pero se veía que era sensible al elogio. Ambrosio Bustamante, el navarro, adoptó un tono doctoral para decir:

—Yo opino que cuando la ocasión se presente, hay que aprovecharla. Aquí estamos para vigilar y vigilamos, pero si a la vez se presenta el aquello de poder instruirse, hay que aprovecharlo, y tú tienes parla de culto. ¿Qué era eso de la cofradía de la aventura?

Frasco Zarzales, el galán de poéticos arranquéis, de "amores eternos" que le duraban escasamente días, era el clásico ejemplar de aventurero genial, que sabía poner la misma alegría al combatir ferozmente que al recitar y al platicar.

—Instruirse es vivir, y vosotros bien habéis vivido.

—Pero no sabemos decir con palabras lo que debiéramos aprender. Yo opino que tú sí.

—Tal vez. A los que tenemos imaginación, que puede ser defecto o cualidad, según la empleemos, nos da mucho la ventolera por tratar siempre de averiguar el porqué de las cosas.

Los cuatro piratas, dos de ellos, con los ojos oteando el horizonte

a los cuatro puntos visibles, escuchaban atentamente. El prisionero, era “amigo” del Pirata Negro. No les interesaba saber si cuando viniera el Pirata Negro, espada en mano, terminaría con aquella “amistad”. Lo cierto era que no se trataba de un “enemigo”.

—Sería mucho más cómodo, no pretender analizar—siguió diciendo Frasco Zarzales; cuyos verdes ojos felinos, sonreían amistosos—. Vosotros, estoy seguro que no os complicáis las existencias, partiendo en cuatro un cabello. Llamo así al afán de desmenuzar las acciones. Pongo un ejemplo: tomemos la más bella de las creaciones de la naturaleza. Y si me tomáis por maestro, permitid que os tome por discípulos. Vos; don Marcelo, decidme qué es lo que consideráis la más bella creación de la tierra.

—El mar y un buen velero.

—¡No! — arguyó “Pencas”—. Los manjares y el jugo de uvas.

—No seáis vulgaroteis, hombre—reprochó Juanelo—. Nada hay más bello que una mujer bonita, amable y sumisa. ¿Acerté, amigo?

—Poéticamente conceptuado, sí. Pues bien, el que no analiza cuando está enamorado, es feliz. No lo es tanto el que tiene imaginación, porque turba su ideal, infinidad de menudencias importantísimas. ¿Tuvo ella amores antes de ser nuestro amor? ¿Mienten sus sonrisas? Veis, cuán absurdo es el hombre de imaginación. Debería bastarle el don de ser un enamorado... Pero es tema aparte que sólo he citado para deciros que yo me he entretenido en clasificar a los humanos. Instruidme vos, don Marcelo. ¿Cómo clasificas a los hombres?

—En cobardes y valientes.

—Eso es—aprobaron los otros tres.

—No tal, amigos. Que hay valiente que es cobarde y a la inversa. ¿No lo entendéis? Un valiente es cobarde sí abusa ante el débil. Y un cobarde valiente si temblando defiende lo que quiere, aunque sea arrodillado y suplicando. A mi modo de ver los hombres se dividen en dos grupos generales, según sea su actitud ante la vida. Aventureros y tranquilos; locos y sensatos. Pero, ah... ¿quién es el loco? ¿El que elige por afición el vivir intranquilo o el que sensatamente se abruma bajo el cotidiano peso de responsabilidades? Fruncís espantosamente las cejas, don Marcelo» ¿No os parezco claro?

—Os adivino, pero no acabo de comprenderos, señor. Y yo creo

que de nada sirve dividir ni clasificar.

—Cierto. Pero a petición del caballero de rostro redondo e ingenuo, pero de ojos de perfecto sinvergüenza...

—¡Ese es “Pencas”!— rio complacido Juanelo.

Y el navarro asintió satisfecho, golpeándose el pecho, como un modelo que felicita a su pintor.

—Digo pues que a petición de don Pencas, expongo lo que es la cofradía de la aventura. Son los nobles y leales sujetos que alocadamente defienden el riesgo de vivir peligrosamente, si no hacen daño más que a ellos mismos.

Disertó mucho tiempo Frasco Zarzales contando anécdotas, y al mediodía los cuatro piratas estimaban que el sevillano era un “tipejo simpático” como dijo “Pencas” confidencialmente a “Cien Chirlos”.”

Sesteaban todos menos Lucio Agudo que estaba de tumo de vigilancia, cuando se despertaron a la voz del centinela:

—¡El jefe!

Y a la voz, siguió un peculiar silbido que equivalía a “Reunión a cubierta”. Disciplinadamente, aunque extrañados, ya que hasta entonces la consigna había sido “no ser vistos”, los cuatro piratas salieron del hoyo.

Juanelo y Rucio llevaban entre sí, cada uno por un codo, a Frasco Zarzales.

Carlos Lezama desmontó. A su lado Humberto de Ferjus, sintióse poseído de un orgullo especial, porque por vez primera su padre al referirse a él empleaba su" “estilo marinero”.

—Valientes: abrid bien las mirillas. Miradme; estoy orondo y ufano. Orondo es que reviento de satisfacción y ufano que me rezuma el orgullo, porque este apuesto mozo que está a mi lado, es mi cachorro menor. Es el valiente que me ha tenido en jaque. Es un mozo que espada en mano, hace maravillas. Es el artista que para darme la mejor de las sorpresas, desempeñó muy bien el papel de mequetrefe. Y ahora miradle bien a él: sin polvos ni pinturas, sin lazos, ni encajes, sin ademanes de bailarín; es Humberto de Ferjus por privilegio de nacimiento, pero es Humberto Lezama, por sangre y hechos. Avanza, don Marcelo. Este mocito es el qué te desesperaba porque sólo sabía tocar el violín. Ahora es un espadachín consumado y un buen puño. ¿Te duele la cabeza,

guapetón?

—Ya no, señor... Pero si le echara mano a “Pañuelo Negro”, le iba a descalabrar. Y ahora, con permiso, señor...: ¿puedo abrazar al mozo que te ha puesto tan contento? Soy tu padrino, ¿sabes?—y “Cien Chirlos” complacido a la vez que abrazaba a Humberto le palmeteaba los hombros.

—Y estos son mis tres mejores: Ambrosio Bustamante, que lleva con mucha propiedad y exclusividad el título de “Pencas”, Juan Pérez por Juanelo y Lucio Agudo por Rucio. Bien.

Y Lezama miró sonriente a Frasco Zarzales. Se acercó a él y lo desató en dos rápidos cortes de puñal Frasco Zarzales fue desembarazándose del resto de las ligaduras.

—Hechas las presentaciones, mis valientes, volved a casa. Se ha acallado el cerco de las arenas movedizas. Hay ya quien se ocupa de echarle el guante a “Pañuelo Negro”. Nosotros renunciamos, porque estamos convencidos que “Pañuelo Negro” es un gran sujeto. ¿Os extraña que cambie de parecer? Es que ya sé quién es “Pañuelo Negro”, y por lo tanto, ha desaparecido mi curiosidad. Volved, pues, a casa. Pero antes id a comunicar de mi parte a los doce hombres de la Legión del Mar que levanten el cerco, y regresen a bordo de la goleta mandada por el capitán Valdivia. Cesó ya la emboscada con el exterminio de la gente de Jonah Kidd.

Partieron los cuatro piratas, y poco después Carlos Lezama tendió la diestra a Frasco Zarzales.

—Terminó nuestra rivalidad, amigo. Déjame agradecerte que le dieras a Humberto con tu amistad el gusto a la aventura. Por lo que se refiere a Humberto, ha muerto “Pañuelo Negro”, ya que lo que se propuso demostrarme lo ha hecho ampliamente. Y ahora tan sólo queda dejar libre a Diego Lucientes y garantizar a Gastón d’Arsonval que como ya en cierta ocasión le dije, le considero amigo. Paz entre todos nosotros. Y una advertencia: está en Latacunga un tipo de talento llamado Lorenzo Olivareis y apodado “El Lince”. Dicen que todo lo huele y todo lo adivina. Ha venido llamado por el virrey para descubrir n “Pañuelo Negro”. Advertidos pues estamos nosotros cinco: tú advertirás a D’Arsonval y a Lucientes.

—¿Por qué no vienes a la, gruta, capitán Lezama?—invitó Zarzales.

—Mo lo prohíbo. Quiero tener la conciencia tranquila—sonrió el Pirata Negro— al asegurar si es preciso al "Lince" que desconozco el camino entre las arenas. No hay que echar en olvido que soy una autoridad. Por cierto, Zarzales; esta tarde, a las siete, Humberto, en público, dará una exhibición de sus geniales facultades Acudid... Conoceréis seguramente a "El Lince". Pero... recuerda también, Frasco galán, que la, hija del virrey allí estará, y podría ser que le delatara a "El Lince". Al fin y al cabo, la desilusionaste... Ya sé; ya sé... que a petición de d'Arsonval y de mi cachorro que te lo pidió, fingiste ser un vulgar borrachín que la había raptado por obtener un rescate. Un sublime sacrificio, galán, pero ella quedó herida. Bueno, y que cada cual se las componga como mejor le guste. Si la tentación de nuevos ambientes y nuevas aventuras os llama a ti y a d'Arsonval, venid antes a despediros de mí. El mundo es pequeño y muy incierto nuestro porvenir. Ojalá nos reunamos algún día para que esta amistad perdure, porque nosotros cinco, formamos el mejor sexteto. Sí, porque añado a mi otro cachorro. Y quien sabe si en el futuro, los seis daremos más guerra que nunca dimos por separado. Hasta pronto, galán.

Y perdona si, ayer te impedí llegar a una de tus, tantas citas amorosas.

Fue espontáneamente que al abrazo que se dieron Humberto y Frasco Zarzales, siguió otro intercambiado entre el Pirata Negro y el simpático aventurero sevillano.

El barranco separó simbólicamente a los jinetes que se dirigían hacia Latacunga y al que se internaba cuidadosamente por la senda difícil que entre las arenas conducía a la gruta, donde además del tesoro sin hallar del capitán Kidd, se encontraban dos otros aventureros de carácter pintoresco. D'Arsonval como carcelero amigo y Diego Lucientes como prisionero eventual.

CAPITULO III

En el que por vez primera se hace mención de la temible Asociación de "Los Montañeros"

—¡Qué asco más dulce!—exclamó el pelirrojo que se hallaba sentado en un escabel tras un rastrillo que impedía la salida de la cóncava celda bien amueblada abierta en la gruta subterránea.



Estás borracho, Diego...

Y Diego Lucientes chasqueó la lengua después de beber a gollete del frasco de espeso vino. Le brillaban los ojos pardos...

—¡Qué gusto más mayor! La inspiración cosquillea mi cerebro y ahora comprendo porqué Cervantes escribió el Quijote. Lo escribió porque estaba en la cárcel, ¡Ah, grandísimo Cancerbero qué guardas

mi puerta! ¡Ah, putrefacto bellaco, que dices ser mi amigo, y no me dejas salir! Escucha con todas tus orejas que estás asistiendo a la gestación de una obra genial. Tienes la fortuna de ser testigo de mis búsquedas de la verdad. Alejarse de la sociedad, huir de ella, hacia una verde Arcadia, buscándola por las escarpadas peñas de la soledad y los solitarias castillos de la reflexión, nos impide entontecernos. Ah, sí, vil alimaña que me estás oyendo... Nos entontece el vivir des continuo en sociedad. Así estamos de tontos tú y yo...

—Estás borracho, Diego—dijo amablemente Gastón d'Arsonval, atusándose en gesto característico la perilla y el mostacho de una sola vez con la palma de su mano, sentado al otro lado del rastrillo.

—¡Calla, mísero gusano de fetidez hedionda! ¡Te estoy revelando el secreto de hallar la verdad, y me replicas con burda y calumniosa acusación de embriaguez. Si parezco borracho es porque me ilumina el entendimiento esta luz escasa que sólo alienta cuando huimos de la sociedad.

—Desde ayer te has bebido doce frascos de vino y no has dormido, Diego — dijo pacientemente Gastón d'Arsonval, el belga, rodando las "erréis" aunque hablando el perfecto español.

—¿Qué son doce cascos vacíos? ¿Eh, qué son? Nada. El absoluto vacío frente al relleno que en mi casco han vertido. El mosto es la fuente principal donde se halla la certidumbre, que ya lo dijo el latinajo, "in vino veritas". Me tenéis aquí preso, malditos bandidos que ojalá el verdugo os haga pedacitos.

—Tú serías el primero en tratar de sacarnos de manos del verdugo, Diego.

—Eres un ingenuo, Gastón. Y no en el sentido vulgar de la palabra, que pretende calificar esta mujer inexistente que todo se lo cree. La verdad era ingenua en el hombre que confía en las palabras de un político.

Pellizcóse Lucientes la nariz, síntoma en él de perplejidad.

—¿Quién diablos habla de políticos aquí? Ah, ya, es que me haces el efecto de un político. Estás tratando de demostrarme que estoy a gusto, que mi vida es un edén.

—Lo es, Diego. Todo lo que sea huir del prosaico vivir, es vida placentera.

—¡"Pa" el gato ¡—masculló Lucientes—. Lo cierto es que estoy

en chirona, siendo inocente.

—Pretendiste averiguar quién era “Pañuelo Negro” y éste, temiendo tus imprudencias te retiene aquí a toda comodidad. No te quejes, Diego. Tú mismo reconoces que esta soledad te inspira.

—Me inspira ganas de estrangularte. Oye maldito flamenco, cuando este misterioso “Pañuelo Negro” se evapore, ¿qué haréis tú y Zarzales?

—¡Ah! Flamearé y ondearé al aire mi espada, luchando contra la hidra siempre resucitada del mal.

—Oye, encanto. Que el que bebe soy yo y no tú. “U séase” que procura hablar a la pata la llana sin subirte a la parra de la grandilocuencia rimbombante.

—¿No oíste hablar nunca de los Montañeros?

—Ni ganas.

—Son los piratas de tierra. Son unos bandidos desalmados, crueles, sanguinarios que aparecen muy de tarde en tarde, bajando de las montañas y asolando poblados. Nadie les puede echar mano. Y Zarzales y yo nos hemos propuesto terminar con todos ellos.

—Vaya...—ironizó Lucientes—. Que os los comeréis crudos ¿no? ¿Y son muchos?

—Bah. No pasarán de unos dos centenares.

—Casi nada. ¡Bah! Me gustas. Gastón, porque estás como un “chivao”.

Engallóse el belga, no muy familiarizado con el “argot,” del pelirrojo. Se tocó la perilla.

—La chiva, hembra del choto, luce barba. Pero la barba de Gastón d’Arsonval—dijo el belga, solemnemente—se ha paseado siempre triunfante por todos los campos donde batalla pueda darse.

—Eso de que chiva es hembra del choto lo vamos a dejar, Gastón. Yo me refiero a que tu casco hace agua. Vives buscando continuamente pelea, y estás tan loco que doscientos bandidos salvajes te parecen una docena de colegiales, cantando en masa coral.

—Los Montañeros son una asociación misteriosa. Nadie conoce en persona al jefe. Tiene cuatro tenientes llamados Oriente, Occidente, Septentrión y Austral. Oriente es un asiático dotado de una cualidad excepcional que no sé cuál es. Occidente es un francés muy extraño. Septentrión es un noruego y Austral un indio chileno.

—¿Va de cuento? — interrogó Lucientes.

—Yo tuve la fortuna de...

—¡Alto! Dices fortuna... pero te andas por las ramas hablándome de cabras montañesas que no me interesan cuando en cambio aquí dentro está enterrado el tesoro del capitán Kidd.

—¿Y para qué quiero yo oro?—dijo, desdeñoso, d'Arsonval.

—¿Es que, acaso, eres Creso? Tu bolsa no aparece muy gruesa.

—Cuando no tengo ni un doblón sé dónde conseguirlo.

—"Afanando", ¿no?— Y risueño, Lucientes hizo con los dedos, de la maño derecha un semiarco en el aire.

—Eres un tipo magnífico, Gastón. Otro en tu lugar estaría excavando día y noche.

—Me inquieta la tardanza de Zarzales.

—Estará como el enamorado de Verona, el Borneo, cuya historia no conoces.

—¿Quién no? Montescos y Capuletos, Romeo y Julieta.

—Pero tú no sabes que mientras Romeo estaba al pie del balcón recitando madrigales, estrofa que va estrofa que viene, arriba Julieta, impaciente, murmuraba: "Menos poesía, tontolín, y sube ya, cariñito". Y Romeo venga recitar mientras ella pensaba: "¿Será pesado el charlatán este? Pronto cantará la alondra y él dándole al pico desde abajo",

Y Diego Lucientes rio muy contento de sí mismo.

—Detesto la tontería del hombre cínico, Diego—reprochó, sinceramente el belga—. Yo huyo de la mujer, pero la considero deliciosa.

—Pero, por si acaso, no te arrimes. Yo no soy cínico, sino gato escaldado. Cuando fui poeta y entronicé, comprendí que mejor me iba siendo realista y brutal. Mira, Gastón. Hablar de Eva es demostrar el infinito abismo que es la estupidez masculina. Prefiero oírte contar quiénes son esos Montañeros y dónde están.

—Dónde no lo sé. Fue en el barco cuando veníamos hacia acá. El médico de a bordo era un francés, que nunca baja a tierra, porque está asustadísimo desde que presenció una vez la más horrenda de las tragedias. Nos la contó a. Zarzales y a mí, y los dos juramos que cuando ya no nos necesite "Pañuelo Negro", exterminaremos a los cinco jefes de los Montañeros, porque en matando las cabezas, perece la hidra.

—¿Y qué contó el asustado matasanos francés?

—Es un relato interesantísimo. Como te he dicho, los Montañeros son los piratas de tierra. Y por eso, quizá, el doctor Dupeyron llamaba a aquel sucedido horrible “El baile de los piratas”. Te lo contaré tal como él hizo, por una noche en que el barco se movía mucho y la tormenta soplaba, y el pobre médico tenía demasiado vino en el estómago. Bebía para olvidar el trágico recuerdo del “Baile de los Piratas”.

—¡Venga ya! ¡Menos, adornos! ¡Al cuento!

Gastón d’Arsonval cerró los ojos y fue reproduciendo la narración que del principal protagonista había obtenido sobre el macabro “Baile de los Piratas”.

Era por una noche de 1721. El módico francés Dupeyron había cerrado cuidadosamente la puerta de su casita, que se hallaba al extremo del poblado del Almendral, un barrio exterior de la ciudad de Valleparaiso.

Se había instalado allí, por propia elección después de haber oído decir que en el Almendral habitaba una colonia de emigrados franceses agricultores.

Pero no solamente no había franceses, sino que ni siquiera había enfermos fueran de la nacionalidad que fueran. Y además, lo que poseía corría el riesgo de ser repentinamente saqueado.

De las vertientes del monte Alegre podía surgir de pronto una temible banda de misteriosos bandidos salvajes acaudillados por un desconocido de crueldad sin límites, que ya habían hecho apariciones de indecible ferocidad en otras comarcas del litoral Sudamericano.

El puerto de Valleparaiso, nada tenía de seguro. Los marinos de la Armada española no podían vigilar toda la ancha extensión bañada por el Pacífico y los rumores propalaban que los Montañeros que así llamaban a los bandidos, estaban bien informados de los movimientos de la escuadra española y fuerzas del ejército.

Por cualquier lado podía aparecer Marcos Cortezo, que así parecía llamarse el jefe absoluto de los Montañeros. Decía el rumor que Marcos Cortezo era odioso porque no experimentaba ni simpatía ni antipatía hacia nada ni nadie.

Se le representaba como encarnación del genio del mal.

Sembraba el daño con indiferencia y torturaba a los prisioneros con inercia estólida. Era cabecilla de bestias, a los que imponía un temor casi animal.

Y el doctor Dupeyron cerraba bien mis puertas porque al parecer Mareos Cortezo se hallaba en el monta Alegre o en las cercanías al frente de una banda de más de trescientos hambres.

Al cerrar sus puertas, el doctor Dupeyron no había sacado la menor tranquilidad del hecho de poder oír en la lejanía los compases agradables de los bailes que empezaban a percibirse en Valleparaiso.

Sabía que aquel extraño pueblo de criollos y españoles entre los cuales había tenido la imprudencia de extraviarse, era capaz de bailar sobre un volcán, pareciendo no vivir más que para divertirse y bailar, pese a cualquier amenaza de próximos peligros.

El barrio en que habitaba era el de los músicos, muchos de los cuales se dirigían a los salones señoriales ensayando por el camino sus instrumentos. No hacía ni un mes que una avalancha de indios salvajes sin someter había clavado en los árboles, con lanzas larguísimas, a cuantos músicos y bailarines que se encontraban en una casa aristocrática.

La linterna del doctor Dupeyron empezó a humear mientras el médico dedicábase a su favorito entretenimiento que era la clasificación de plantas curiosas.

Pensó que la linterna que no le bastaba para ver bien, sin embargo filtraría a través de las rendijas y daría a su casa la apariencia de estar iluminada y entre las casas en tinieblas se destacaría como señuelo a los ojos de los posibles indios salvajes o a los más temibles, mestizos y forajidos de Marcos Cortezo.

Decidió pues apagarla y acostarse, mientras en la ciudad los insensatos chilenos bailasen. La carretera estaba desierta ahora. Pero, apenas hubo apagado la linterna, oyóse un ruido de caballos y golpearon a la puerta. Había apagado tardíamente.

El doctor Dupeyron no contestó inmediatamente. Era prudente, pero no carecía de cierto valor. Los caballos que había oído no eran muy numerosos. Aunque instalado desde apenas unos meses, cabía la posibilidad de que alguien acudiera con propósito de valerse de su ciencia médica.

Decidió abrir la ventana del primer piso y no viendo más que a

un hombre solo bajó para abrir la puerta.

Un indio estaba delante de él. Un indio silencioso y tal vez mudo, que le tendió un papel mostrando con la otra mano das caballos retenidos por la brida.

El médico vióse obligado a volver a entrar para encender de nuevo su linterna y leyó sorprendido unas líneas lacónicas, firmadas con el nombre de un personaje notorio de la ciudad, Ignacio Valdés, que habitaba a algunas leguas de Valleparaiso.

En pocas frases emocionantes, pero de brevedad singular este conspicuo personaje le conjuraba a venir inmediatamente a su casa.

Apenas había leído el médico el mensaje, cuando el indio que le había seguido al interior de la casa, se le acercó colocándole en la mano cinco monedas de oro, significando sin palabras con ello, que era el precio de la visita, que se le pagaba por adelantado, indudablemente para evitar una negativa.

La generosidad del pago llenó de satisfacción al doctor Dupeyron. Se trataba de recorrer varias millas por caminos poco seguros. Pero el médico se acordó que aquella noche había fiesta en casa de Ignacio Valdés.

Lo había oído comentar durante el día, en casa del cónsul francés, al cual había ido a visitar y quien había manifestado que lamentaba no poder acudir a la invitación del respetable Valdés.

El cónsul había añadido que lo lamentaba sobre todo porque no podría ver a la bellísima condesa de Samaniego, que era la más hermosa mujer de Chile y posiblemente de América. El cónsul era ya muy viejo, pero, indudablemente, había sido un gran conocedor de bellezas.

El doctor Dupeyron pensó que alguien debía haberse indispuesto de pronto en casa de Ignacio Valdés. ¿Quién sabe? Era, quizá, para la bella condesa de Samaniego que se redamaba sus servicios. Era inútil interrogar al indio, cuyo semblante estaba como esculpido en muda estupidez.

Decidió ir y poniendo en su cofre las cinco monedas de oro, montó a caballo. Era preciso atravesar la ciudad para alcanzar la carretera de Quillota.

Valleparaiso vibraba de músicos. El calor era asfixiante. Sin embargo, las estrellas desaparecían bajo enormes nubes que acudían desde el mar.

Con la vaga esperanza de conversar, el médico mostró el cielo al indio y le dijo con amabilidad que quizá habría tormenta. No obtuvo la menor respuesta.

Los dos jinetes abandonaron la ciudad. El doctor dióse cuenta, con cierta tristeza, de que no había ronda alguna militar por calles y senderos.

No fue hasta después de haber galopado algún tiempo por la carretera de Quillota, que el médico, a la claridad de la luna que asomaba por momentos, pudo apercibirse que su compañero, además de dos pistolas y un sable, tenía un mosquetón atravesado en la silla de montar.

Estas armas debieron tranquilizarle y, por el contrario, le inspiraron pensamientos poco animadores.

También le pareció de mal augurio la inquietud manifestada por el indio en diversas ocasiones. Había hecha detenerse a los dos caballos y tendía el oído con extremada atención.

¿Por qué estaba inquieto? A medida que más se aproximaban a la propiedad dé Ignacio Valdés, tanto más se acercaban al lugar donde había gente con servidumbre y armas.

Los tres cuartos de hora del trayecto parecieron sobremanera largos al médico. Tuvo sobradamente tiempo de formular diversas hipótesis desagradables.

Pero reflexionando sobre ellas, apenas formuladas, las desechaba. No podían haberle atraído a una emboscada para robarle, puesto que le habían obsequiado con cinco doblones de oro que había dejado en su cana, ante los propios ojos de quien se los había traído.

Y en cuanto a atraerlo para exigir luego un rescate era imposible, dado que vivía solo y modestamente y que era fama, que el cónsul de Francia era un viejo egoísta incapaz de tornarse la menor molestia por cualquiera de sus compatriotas.

El viento empezó a soplar con violencia y le pareció al médico que a poca distancia apercibía luces. En aquel mismo instante, su compañero de camino lanzó un grito extraño, que debía ser una palabra en lenguaje indio, una palabra de dos sílabas muy bien articulado y que hizo pensar al doctor que el indio nada tenía de mudo, como creyó, sino que era de un temple grosero y poco amante de conversaciones.

Alguien gritó:
—¡Alto!
Al buen médico se le antojó que el grito brotaba de la tierra. Vio, sentados en la carretera, a tres hombres que comían y bebían. Uno de ellos agarraba un hueso enorme del cual mordía como una fiera, arrancando los pedazos que quedaban de carne.
Masticó un bocado voluminoso y gritó a sus compañeros:
—¡No es nadie! Es el médico.
Aunque la frase no era muy cortés. Dupeyron tranquilizóse, ya que demostraba que le conocían y esperaban. En el breve lapso de tres segundos en que pudo verlos, divisó sendos mosquetones y el aspecto patibulario de los rostros.
Pero para el francés, toda raza que no fuera la suya, era raza salvaje de aspecto poco civilizado.
Sin duda, se trataría de criados de Valdés que vigilaban. El médico, tras el indio, había abandonado la carretera y había entrado en una larga avenida, entre grandes árboles.
Conducía a la morada hacia la cual iba, una mansión de proverbial lujo fastuoso. El médico oyó tras los matorrales múltiples pisadas como si se tratara de una manada de animales.
Pensó que serían las miles de cabezas del ganado. Pero un relincho al cual contestaron varios le indicó que se trataba de muchos caballos.
La avenida torció y el médico entró bruscamente en un círculo de luz que brotaba de una antorcha. Veíase que Ignacio Valdés, procuraba que todos sus invitados pudieran bailar ron la mayor seguridad. Sus criados armados y muy bien armados por cierto, formaban grupos delante la casa. Todos comían y bebían hablando en voz alta alrededor de mosquetones y lanzas reunidas en haces.
Ignacio Valdés tenía el renombre de ser un amo liberal y generoso. Pero el médico pensó que aquellos criados tenían un siniestro aspecto. Cierto que a algunas, millas de Valleparaiso ya la región ascendía hacia los montes poblados de indígenas.
Al bajar el médico del caballo, vio un hombre sentado que, designándole con el dedo grasiento, exclamaba:
—¡Un godo!
Era la designación con que los naturales llamaban a los españoles.

—Hijo del país—dijo otro.

Un tercero se encogió de hombros. Era un mestizo de largas trenzas, que dijo, incisivamente:

—Es un francés.

El mestizo debía ser el encargado de conducirle, pues se levantó y le precedió hacia la puerta de entrada.

La fiesta estaba en su apogeo. El baile tenía lugar en el primer piso y los bailarines debían ser numerosos porque sus pisadas hacían retemblar las grandes vigas pintadas que sostenían el techo de la vieja mansión.

Aquella mansión debía haber sido construida en tiempo de la conquista y seguramente se habían utilizado las gruesas murallas para servir de base a una casa de campo.

El rellano bajo estaba formado por una inmensa sala a la cual desembocaba una escalera de desmesuradas proporciones y gastados peldaños.

Al fondo de la sala, varios hombres estaban tendidos sobre colchones y cerca de ellos el doctor vio un barril abierto, cuyo contenido se había derramado por el suelo. Al lado había un hacha.

"Qué costumbres más deplorables", pensó el doctor, evocando el decora y exquisitez de las fiestas en los castillos de Francia.

Y aquella libertad de costumbres le pareció aún más deplorable, cuando detrás de su guía empezaba a subir la escalera.

Una joven que bajaba, o más bien, caía por los peldaños, pasó a su lado con tal rapidez que no pudo distinguir su rostro ni vestido.

Vio sólo que tenía los cabellos sueltos, o más bien lo percibió, porque había sentido el soplo de una cabellera en roce alado por su propio rostro. Era una muchacha, casi una niña. Sus ojos estaban dilatados y sus labios apretados.

Le pareció al doctor que tras ella arrastraba como un trozo de encaje, a modo de cola.

Tras ella, andando pesadamente, bajaba cuatro a cuatro peldaños, un hombre corpulento, ceñido por un cinturón de cuero. El médico se fijó en el cinto que parecía una coraza.

Pensó que por juego aquel hombretón perseguía a la muchacha. Se le antojaron muy vulgares aquellas bromas que tenían lugar en la mejor sociedad chilena, según había oído comentar al cónsul y sobre todo que ocurrían cuando el vino encendía en demasía los

espíritus ya de por sí bastante dados al regocijo de los españoles.

"Debe haber ocurrido un incidente", pensó viendo en lo alto de la escalera un inmenso espejo en cuyo centro había un agujero en forma de sol.

El doctor Dupeyron tenía mucho del sabio distraído. Le suscitaba una enorme curiosidad la contemplación de ciertas figuras regulares que el azar dibujaba a veces en la materia. Una mancha de tinta, una rotura de espejo...

Atribuía a aquellas figuras un alcance simbólico y alimentaba el proyecto de escribir un tratado sobre lo que calificaría los signos cabalísticos de la naturaleza.

Se detuvo delante del espejo examinando atentamente la regularidad de los imaginarios rayos de aquel sol. Empezaba a cambiar de pensamiento viendo un rostro sonriente en el dibujo de la rotura, algo así como una luna bonachona, cuando una voz le interpeló con rudeza, sobresaltándole al apartarle de su contemplación:

—¡Médico! Venid por acá.

"¿El jefe?", pensó Dupeyron. Sería así como sin duda llamarían los criados a don Ignacio Valdés. ¡Qué costumbres tan relajadas, señor, tenían aquellos españoles!

Siguió al hombre que había hablado a lo largo de una galería que daba por ventanales cubiertos de cortinajes a la sala de baile. Entrevió algunos de los bailarines y reconoció la tonadilla de la música. Era un baile popular, muy pegadizo al oído, que se llamaba, al entender del médico, "Danzas de la vendimia".

Frunció las narices, escandalizado. En las veladas de gente bien educada el minuet era el baile más indicado. Pero, por lo visto, cuando la animación crecía, aquellos españoles eran hasta capaces de bailar danzas de indios.

Otra de las sorpresas del médico, apenas llegado a Chile, había sido ver a señoras muy honestas, transformarse en agitadas bailarinas al compás de la música. Señoras de muy buena cuna y sociedad. Ah, aquellos españoles tenían sangre volcánica.

Sonrió benévolo. Seguramente los vinos generosos habrían circulado abundantemente, dando a los bailarines aquel ardor que le había ya asombrado a su llegada.

Una puerta fue empujada delante de él, y Dupeyron penetró en.

una vasta sala mal alumbrada por una linterna colocada en el suelo. La luz que surgía del suelo era lúgubre y el médico pensó inmediatamente que don Ignacio Valdés había dado la orden de una mudanza de casa, porque los muebles tenían los cajones abiertos y vacíos y muchos cortinajes habían sido arrancados.

Le habían dejado solo. Pero no tuvo tiempo de asombrarse por lo que estaba viendo, porque su atención fue reclamada por un gemido contenido que procedía de detrás una puerta que daba frente a la abierta, por la cual acababa de entrar.

Primeramente no vio nada. No había más luces en la sala. Pero el débil resplandor procedente de la habitación donde se hallaba le permitió distinguir confusamente un espectáculo que juzgó increíble.

Varios hombres muertos estaban tendidos en el suelo.

Le pareció distinguir tres o cuatro. Casi a sus pies, tenía la cabeza de un anciano de blancos cabellos cuyos rasgos faciales reflejaban una calma serena.

Su rostro exangüe, formaba una mancha blanca sobre el suelo. Le chocó al médico la serenidad casi dichosa de aquella cabeza que tenía un lejano parecido con la de don Ignacio Valdés. .

Pero el gemido procedía del fondo de la sala vecina que estaba en penumbra. Aunque impresionado, el buen médico resolvió prestar socorro al que gemía, y para no andar sobre los cadáveres, empujó la puerta disponiéndose a coger la linterna.

Al inclinarse para cogerla, otra puerta se abrió de golpe y una voz imperativa exigió:

—¡Venid acá!

El médico, con la linterna ya en la mano, vaciló un instante. Tenía delante de él un hombre de escasa talla y anchas espaldas, con una mandíbula muy pronunciada sobre la cual caían las guías de unos mostachos de pelos ralos.

—¡Soltad la linterna y venid!

La voz tenía un tiránico poder de mando al que Dupeyron sucumbió obedeciendo.

—De todas formas—añadió el desconocido—me parece que habéis llegado tarde. No es culpa vuestra, sino del herido, que no ha tenido los “reaños” de aguardar.

Las frases eran mezcla de español e indio chileno.

Sobre una cama con dosel, en una sala mejor iluminada que la otra, el médico vio un hombre tendido, extrañamente vestido con un atuendo de piel curtida, calzando grandes botas llenas de barro.

Debía tener unos cincuenta años y, sin duda, carecía de dientes porque sus labios se sumían haciendo un hoyo siniestro.

—Ha recibido un balazo en el estómago — dijo el desconocido, interrogando con la mirada al médico.

—Sabré a qué atenerme cuando vea la herida—replicó Dupeyron.

Intentó en vano quitar el jubón de piel y dióse cuenta que manejaba un cadáver.

—Está muerto.

El otro había desenvainado un largo cuchillo manchado de sangre que tendía al doctor para que éste cortara las ropas. Al oír la sentencia bajó la cabeza, su mandíbula resaltó aún más y maquinalmente, viendo la sangre de su cuchillo, lo secó lentamente sobre la cortina de damasco del lujoso lecho.

—Es Illán, el mestizo que vos curasteis el mes pasado, quien tuvo la idea de haceros llamar. No tenemos ningún otro herido.

Su gesto hizo comprender al médico que ya podía irse. Dupeyron dirigióse hacia la puerta, atravesó la sala donde había esperado unos instantes y se encontró en la galería.

No conseguía reconstituir los acontecimientos que se habían desarrollado en la mansión de don Ignacio Valdés. Formulaba una horrible hipótesis pero no quería creerla.

¿Illán? Aquel raro nombre qua primero nada le recordó, empezaba a surgir de las sombras de su memoria. Hacía apenas un mes, había curado a un mestizo que había recibido en la cabeza un sablazo y que le había dicho llamarse Illán.

—Me parece que hay alguien más que necesita de mis cuidados —dijo en el umbral y señalando la puerta, al otro lado de la habitación, de donde había procedido el gemido.

La mandíbula del hombre achaparrado sobresalió desmesuradamente y el doctor le vio llevar la mano al mango del cuchillo.

Pero, con un rictus, el desconocido le empujó casi con gesto de aburrimiento.

—Idos. Curasteis una vez a Illán y esto os vale. La sala de baile

está aquí. Bailad, señor médico. Veréis bellísimas españolas, de pura sangre. Son altivas, pero esta noche quieren divertirse a toda costa. Entrad y veréis cómo se divierten.

Habían llegado a la puerta que se abría a la sala donde se bailaba, y el desconocido la empujó con la puntera de la bota.

El médico quedóse en el umbral, boquiabierto.

La animación y la alegría eran enormes. Pero de una animosa alegría cuya particular cualidad de ferocidad percibió Dupeyron de golpe, casi como si recibiera un choque violento.

A primera vista, sin embargo, no tenía delante los ojos más que el espectáculo de muchas parejas bailando enlazados y separándose para volver a enlazarse según las figuras de la danza chilena “de la vendimia”, que ya había visto en los campos de Valleparaiso y en algunas tugurios del puerto.

Pero lo que había repentinamente chocado la sensibilidad por fin despierta del médico francés, era una sensación de terror que llenaba y oprimía, la atmósfera.

Le fueron necesarios varios segundos para distinguir la extraordinaria diferencia de condición social entre los hombres y las mujeres.

Los hombres eran la hez y escoria de la humanidad. Había entre ellos varios indios que bailaban pies desnudos. Los otros, casi todos mestizos, calzaban pesadas botas de las cuales exprofeso hacían resonar con rudeza los tacones.

Un coloso de rostro colorado, había conservado las espuelas puestas y con ellas había rasgado faldas que en fragmentos colgaban suspendidas en pedazos. Otros llevaban pistolas en el cinto.

Un jovenzuelo daba saltos muy altos que provocaban risotadas. La duda que persistía en el cerebro del doctor se disipó como por encanto. La mansión de don Ignacio Valdés había sido asaltada por la banda de los Montañeros al mando de Marcos Cortezo.

El baile no había tenido, quizá, más que una rápida interrupción, continuando con cambio de bailarines.

Los pensamientos del doctor galopaban ahora desenfrenadamente a una velocidad vertiginosa. Reconstituyó mentalmente el horrible drama. La llegada de los invitados, la casa sitiada, una avalancha de bandidos, un combate desigual.

Y entonces percibió al fondo de la sala, apretados los unos

contra los otros y sólidamente atados a sillones de; macizo roble, una fila de hombres en cuyos rostros leíase una rabia silenciosa.

Habían sentado a un anciano calvo en un gran sillón, como si fuera en un trono. Sus muñecas estaban atadas a los brazos del sillón y por un prurito de dignidad, el anciano permanecía erguido, impasible como si presidiera una ceremonia oficial.

Dos jóvenes estaban amordazados con chales femeninos y el extravío de sus ojos y el movimiento de sus pechos demostraba que a duras penas no se asfixiaban.

Un hombre barbudo, con expresión infantil y cuyo coleto estaba desgarrado seguía con los ojos cada gesto de una mujer que debía ser su esposa y que enloquecida de miedo, bailaba con ardor.



...le cogió por el brazo haciéndole dar media vuelta...

Había un hombre flaco de largos mostachos caídos que tenía la lividez de un espectro. Visiblemente hacía esfuerzos para dominar su miedo y furor, intentando aparecer indiferente o como si considerara que se trataba de una broma pesada. Se esforzaba en reír con risa de idiota, que dejaba ver unos dientes largos y amarillos y se contoneaba de derecha a izquierda como animado por un movimiento irreprimible.

Una mujer maravillosamente hermosa bailaba con un hombre

encorvado, que se miraba los pies, como si temiera verse cegado por la mirada femenina.

Ella bailaba sin mirar a nadie, los ojos puestos en un mundo muy lejano. El olor a vino que desprendían todos los vestidos femeninos demostraron al médico que aquellas infelices habían sido forzadas, a beber por los Montañeros y por eso en sus actitudes había la extravagancia de un miedo horrible y la irrealidad de una embriaguez.

Sobre un estrado, los músicos tocaban sus instrumentos con una animación maquinal. Todos tenían la misma expresión, que parecía significar que su conducta era ignorar cuanto ocurría, con aire abstraído de filósofos ajenos a las diversiones terrenales. Semejaban una orquesta de muñecos movidos por hilos invisibles.

Un hombrecillo reía jovialmente, mientras, en un rincón removía con la hoja de su sable el contenido de un jarro, al cual de vea en cuando añadía un puñado de hojas, parduzcas. Aguardiente y tabaco. La bebida que más pronto emborrachaba.

En el momento en que el doctor Dupeyron había aparecido en el umbral, dos bandidos se disponían a obligar a beber a una dama, que forcejeaba pero asida por el cuello por uno, el otro vertía el quemante licor en su boca.

El médico vio súbitamente todo ese cuadro de violencia y locura girar a su alrededor. Perdió casi conciencia de la realidad y buscó febrilmente un arma. Algunas veces llevaba una pistola, pero no la tenía en aquella ocasión.

Un sonido inarticulado brotó de sus labios. Iba a precipitarse a través de las parejas, al socorro de la joven cuando una mano le cogió por el brazo haciéndole dar media vuelta, y sin saber cómo, casi en volandas se encentró fuera de la sala.

El hombre que le había cogido del brazo era alto y llevaba alrededor de la frente una ancha tira de cuero. El médico, recuperando su raciocinio normal, creyó, reconocerle de otra ocasión y lugar.

Sin duda aquel hombre, un Montañero, había adivinado la temeraria intención del médico, porque no le soltó el brazo y le hizo descender con él las escaleras.

—Vete inmediatamente—le dijo— Después... yo mismo no sé lo que aquí va a suceder y muy pronto. Te voy a acompañar a causa

del caballo. En el momento de salir hacia la montaña los caballos hacen mucha falta. Y para ti, más valdrá regresar a caballo que a pie, sobre todo que se aproxima la tormenta.

Illán, el mestizo que el doctor había curado de una herida de sable en la cabeza, le condujo hasta el patio donde encontró dos caballos que habían servido al médico y a su acompañante.

Los dos montaron, Rugía el trueno y el viento había derribado los haces de lanzas y mosquetones. Los hombres en pie corrían aquí y acullá. Se oían gritos y llamadas.

En el momento en que los dos jinetes partían al galope, una catarata de agua desplomóse sobre la tierra. El médico oyó cómo Illán gritaba una contraseña a un grupo de jinetes que encontraron al extremo de la avenida.

Pero ya no se ocupó más que de su montura y de la lucha que debía I sostener contra el viento. La lluvia que le calaba no le parecía desagradable a medida que se, alejaba. Le parecía que acababa de escapar de un infierno en comparación del cual el rayo tonante, el viento y el inmenso fragor del mar que la carretera acababa de descubrir, no eran más que un juego pueril, una manifestación benévola y casi placentera.

De pronto Illan, que galopaba delante del médico, se detuvo bruscamente y extendiendo la mano asió la brida del otro caballo. Gritó algo que el médico comprendió apenas, pero cuyo sentido adivinó por el gesto perentorio e imperativo del mestizo.

Illan conminaba a su compañero de bajar del caballo y le mostraba las confusas luces que brillaban a lo lejos. Eran las de las casas de Valleparaiso. Le parecieron aun bastante alejadas, al médico quien, no obstante, puso pie a tierra.

—Necesito el caballo, amigo—oyó gritar entre el fragor de la tempestad.

Y antes que pudiera replicar, ya Illan se alejaba a todo galope por la carretera con los dos caballos.

No sintió el médico el menor malhumor por verse abandonado en aquella carretera, de la cual sólo distinguía la línea confusamente a la luz de los relámpagos.

Pensó que si supiera cantar lo habría hecho con un himno a, la Providencia agradeciéndole el haberle desembarazado de un compañero al cual quizá debía la vida, pero que había sido un actor

de la escena, horrible del baile de los piratas de la montaña.

Calado hasta los huesos, buscó penosamente su camino en la dirección de la ciudad. La lluvia súbitamente cesó cuando alcanzaba las primeras casas, mudas como tumbas.

Anduvo como por las avenidas de una ciudad muerta. La disposición de las calles a lo largo de las altas murallas de piedra formadas por las últimas estribaciones de la cordillera, contribuían a hacer más impresionante el silencio y la soledad.

El médico no pensaba en regresar a su casa, sin antes cumplir con su deber de hombre honrado, que rebosaba de amargura y repulsión. Dupeyron era un hombre pacífico, pero hubiera deseado tener un mitológico poder de titán vengador para ajusticiar a todos los Montañeros.

Sabía que don Manuel Blanco, hombre valeroso y recto, que capitaneaba varios galeones españoles, estaba en aquellos días por Valleparaiso. Dirigióse el médico hacia el palacio del gobernador.

Todo estaba cerrado. No había siquiera un centinela delante de la puerta. Dando media vuelta, descendió por la gran, carretera, que pasaba delante del cuartel, que le pareció desierto.

Sus vestidos empapados se adherían al cuerpo y tiritaba. Súbitamente le pareció oír un coro de voces, en rumor de letanías, rezada por una muchedumbre.

Giró hacia la derecha donde sabía que al extremo de la calle había una iglesia del convento de San Agustín.

Y al desembocar sobre la plaza que daba frente a la iglesia, se halló en presencia de una inmensa muchedumbre arrodillada.

Todo Valleparaiso, los marinos, los soldados con sus armas, las mujeres, los niños, estaban de rodillas. En el umbral de la iglesia, iluminado pe; algunos cirios que tenían el aspecto de titilantes I estrellas, el obispo, con su mitra y su casulla recamada, daba su bendición a la masa, clamando, una plegaria que todos repetían a coro.

El médico interrogó a los que se encontraban cerca de él. Pero todos le hacían señal de que se arrodillara. Voluntariamente obedeció, pero continuó interrogando a su vecino más próximo.

La ciudad acababa de escapar a uno de los tan frecuentes terremotos del litoral occidental sudamericano. Había habido señales precursoras de aquel fenómeno temible. El terremoto había

estado próximo a desencadenarse, sintiéndose los primeros temblores

Pero por fortuna pasó el peligro y por eso la ciudad entera daba gracias al Más Allá. El médico esperó de rodillas el final del acto de gracias.

Cuando hubo acabado, apercibió un oficial de blancos mostachos cuyo uniforme le hizo pensar que ocupaba un alto grado en el ejército. Le contó brevemente sus aventuras de aquella noche.

—¡Canallas!—dijo el oficial indignado. Guardó después silencio y al final, mirando al médico con severidad, preguntó: —Bien, ¿y qué?

—Hay que avisar a don Manuel Blanco.

—¿Ahora? Ya es tarde, mi buen señor. Los Montañeros estarán ya donde nadie sabe. Adiós.

El médico decidió correr a entrevistarse con el cónsul de Francia, para que éste hiciera lo imposible por hablar con don Manuel Blanco.

El médico vióse obligado a declinar su nombre a gritos y afirmar que se trataba de algo muy urgente y grave, antes de que fuera recibido.

—Muy urgente y muy grave—dijo al entrar.

E hizo al cónsul un nuevo relato de lo que le había sucedido y de las atrocidades que había presenciado.

—¿Visteis a la condesa de Samaniego?—preguntó el cónsul.

—¡Sí!—dijo, algo impaciente—. Era sin duda aquella bellísima mujer de esplendorosa hermosura que miraba a lo lejos como alejada del mundo.

—¡Qué lástima! ¡Qué trágico final! —lamentóse el cónsul, y después de una pausa de silencio, exclamó: —Bien. Nada hay, pues, urgente por ahora.

Y en su voz había como una entonación de reproche por haber sido molestado inútilmente.

El doctor insistió para que el cónsul fuera inmediatamente a hablar en su compañía con don Manuel Blanco.

—No, mi buen amigo. Ignacio Valdés y todos los demás están ya muerto a estas horas. La condesa… también. Ya de nada sirve ir allá. Asunto concluido. Los Montañeros irán hacia el Norte o hacia el Sur, o al infierno, pero abandonarán los alrededores.

Y veíaise que estaba egoístamente satisfecho.

—Dadme, pues, una carta para don Manuel Blanco.

—No seamos ridículos, mi querido amigo — reprochó, paternalmente—. Sois aun joven y no tenéis idea de las costumbres del país. Lo que acabáis de contarme no tiene gran importancia. Es un incidente frecuente, como los terremotos. Terremotos y Montañeros van bastante del brazo, en buena armonía.

Y el senil cónsul permitióse una risita complacida por su aticismo.

—Nuestra tarea, tanto como cónsul como vos, como médico extranjero, es muy delicada. Debemos abstenernos de inmiscuirnos en los asuntos que sólo atañen a los señores españoles. Un médico francés, y conste que no os recrimino, tiene la obligación de permanecer ajeno a cualquier cuestión de esas tierras.

—¡Pero Marcos Cortezo y sus Montañeros son bandidos de la peor especie que hay que castigar!

—De acuerdo. Pero no nos incumbe a nosotros. No digáis que habéis visto a los Montañeros ni a Marcos Cortezo. Nadie lo ha visto... que siga con vida. Dicen que le caracteriza una mandíbula extraordinariamente pronunciada. Decís que el hombre de pequeña talla y anchas espaldas tenía una mandíbula muy saliente. Podría ser Marcos Cortezo. Pero hay mucha gente por esas tierras que tienen la particularidad de ser prognáticos. Y la belleza de las españolas, causa tantos estragos que surgen a veces espontáneos bandidos. Seamos franceses, mi buen Dupeyron. Los españoles saben muy bien arreglárselas entre ellos. Además, podría pesar sobre vos una sospecha de complicidad, pues podría extrañar que vos, médico francés, instalado desde hace poco, hayáis sido el elegido en vez de un médico natural del país. Sí, en todo eso nada os beneficiará. Creedme, regresad a casa, olvidaos de cuanto visteis y guardaos muy bien de hablar a nadie de este baile de los Montañeros.

El doctor Dupeyron regresó a su casa, andando lentamente. Una tristeza más glacial que la que le comunicaban sus vestidos empapados, se adueñaba de su corazón.

Pensaba con melancolía en el salvajismo sin castigar de aquella horda de miserables.

Fue oyendo músicas, que iban renaciendo en la ciudad. En el

momento en que abría su puerta oyóse interpelar:

—¿Deseáis una serenata para la doña?

Eran músicos que regresaban también a su casa. No había “doña” en casa del doctor Dupeyron, pero éste sentía un irresistible deseo de oír algo alegre, una tonadilla que procurara ahuyentar su melancolía.

Fue a buscar los cinco doblones de oro que le había entregado el montañero y los dio a los músicos, que se deshicieron en mil reverencias ante la magnitud de la cantidad.

—Bien, señores—dijo Dupeyron. Sí, tocad una serenata. Tocad lo que sea, pero, sobre todo, por favor, que no sea la “danza de la vendimia”.

Los músicos estuvieron tocando hasta muy avanzada la mañana. El doctor Dupeyron se pasó la mitad del día tendido en la cama, boca arriba, pensativo.

Cuando fatigado, sin poder apartar de su imaginación la triste evocación de la condesa Samaniego, se levantó para comer algo, procedió a afeitarse.

No fue hasta mediada la operación de darse jabón en el húmedo rostro, cuando dióse repentinamente cuenta, que él, un hombre de treinta años, que el día anterior tenía unos cabellos intensamente negros, había envejecido notablemente, no sólo por el cansancio inexplicable que sentía, sino porque sus cabellos habíanse tornado totalmente blancos.

CAPITULO IV

Dos pactos

—Y cuando hace apenas un mes eso me contó el propio doctor Dupeyron, francamente me costó mucho creer que sólo tenía treinta y dos años. Parecía un hombre de cuarenta y cinco o más. Vi que seguía obsesionado, con la imagen de la condesa Samaniego. Y le pronostico un mal final, porque tengo la certeza de que si supiera dónde hallar a los Montañeros y no correr mucho riesgo, cometería imprudencias, ya que no es hombre de acción. Es el caso neto del individuo que se erige en vengador ideal, sin atreverse a luchar porque es mucho el peligro y cierto el fracaso.

Diego Lucientes, a quien el relato que Gastón d'Arsonval había hecho de la confidencia del doctor, había impresionado sobremanera, comentó:

—Ya somos tres d'Arsonval.

—¿Quiénes son los tres y para qué?

—Cuando termine esto fastidioso asunto de "Pañuelo Negro" y me abras el rastrillo, cuenta conmigo. Tú, Zarzales y yo, haremos el pacto de rompernos la crisma escalando montañas y poco hemos de valer si no cortamos las cinco cabezas de la hidra, que son Marcos Cortezo y sus cuatro tenientes. Donde fracasaría un ejército bien organizado, triunfarán tres locos aventureros.

—Me agrada ver que la canallesca acción de los Montañeros ha excitado tu caballeresca indignación.

—¡Quita allá! Es que llevo mucho tiempo inactivo y estoy ansioso de gresca.

Dormitaba Diego Lucientes, cuando le despertó la voz grave y sonora de Frasco Zarzales, que, riendo, anunció:

—Los libres campos del universo vuelven a ser tu dominio,

Diego Lucientes. Por pacto de amistad con el hidalgo Lezama, el legítimo “Pañuelo Negro” cesa de existir.

—Si ello ha de significar que ceso de estar enjaulado, abre, pues, el rastrillo, condenado cancerbero — sonrió de buen humor Lucientes.

La simpatía viril del sevillano era de comunicativa alegría, y mientras maniobraba para remontar el rastrillo, ayudado en el otro extremo por Gaston d’Arsonval, en cuyo rostro leíase la satisfacción por haber visto regresar indemne a su amigo Frasco Zarzales añadió:

—Dice Gastón que has hecho un pacto con él.

—A mí nadie me gana a locuras —aseguró Lucientes—. Por eso, con gran fruición declaro la guerra a esos Montañeros que deshonran la noble clase de los aventureros.

Salió Lucientes frotándose brazos y piernas.

—Estoy mohoso después de esta reclusión y os juro, sin gran esfuerzo, que estoy con verdadera rabia de empezar a agitarme y agitar a los demás.

—Recuerda que eres padre — dijo, majestuoso, el belga.

—Mi encanto de niña está bajo la mejor de las protecciones. Cuidan de ella la marquesa de Ferjus y el hidalgo, sin olvidar el peligroso chacal.

—¿Por qué peligroso?

—Un día se cansará de ser pacífico y entonces dará mucho que hablar. Pero al grano, Frasco. ¿Quién es “Pañuelo Negro”?

—Revelación que te hará el propio Lezama.

—Ah, ah... Mi león de amigo descubrió al enmascarado, ¿eh? Bien, ya me lo dirá. A otra cosa, mariposa. ¿Qué pensáis hacer? Ya que me habéis obligado a soportar vuestra compañía, ahora voy a la recíproca. Presumís de geniales amantes del follón. Añadidme a mí,

—Con gran placer, Diego. Y por eso vengo a proponerte otro pacto, antes de emprender nuestra búsqueda de los Montañeros. Tengo que hablarte de don Lorenzo Olivares, apodado “El Lince”.

—¿Qué animalejo es ese?

—Un talento en el arte de averiguar. Me ha estado hablando de él nuestro gran hombre don Carlos Lezama. Al parecer, este Olivares ha venido firmemente decidido a que no se empañe la brillantez de su renombre. Y ha jurado al virrey que pronto sabrá

entregar a “Pañuelo Negro”... y aquí somos tres que lo vamos a impedir.

—Excelente—aprobó Gastón d’Arsonval, mesándose la perilla y el mostacho con la palma de la mano en abanico.

—Escuchad, cabras—gruñó Lucientes.—. Este juego de “Pañuelo Negro” tiene mucha molleja. Si nos pescan nos mandan al verdugo. ¿A nosotros qué nos va ni qué nos viene en que “El Lince” vaya oliendo si como has dicho el misterioso “Pañuelo Negro” ha decidido cesar en sus actividades?

—Este “Lince” podría descubrirlo y aunque no actúe ya, sería lo mismo a los efectos de comprometer la paz del hogar Lezama. Próxima está la boda de Cheij con tu hija y nada debe ensombrecer el panorama feliz que alegra la madurez del hidalgo Lezama. Cuando sepas quién era “Pañuelo Negro” comprenderás que es muy justo nuestro pacto, don Diego. Un pacto especial. Por turno seremos cada uno de nosotros “Pañuelo Negro” bien en evidencia.

—Vaya. Ya empieza el jaleo—fingió irritarse Lucientes—. ¿Y quién es el primero en desorientar a “El Lince”?

—Esta tarde a las siete, en el teatro real de Latacunga, hay un concierto de violín a cargo de Humberto de Ferjus.

—¡El mequetrefe botarate!—sopló despreciativo, Lucientes—. El tipejillo que le hace ascos a la espada y se emperifolla como una damisela lánguida. ¿No le rompen el violín?

—Esta tarde, a las siete, tú y d’Arsonval asistiréis al concierto. Estarán también Cheij, Gabriela y el conde Ferblanc. Y lógicamente, Humberto, ya que a su alrededor gira la curiosidad. Por lo tanto, también estará “El Lince”. Y si en aquella hora “Pañuelo Negro” hace una aparición escandalosa en lugar alejado del teatro real, quedan descartadas las sospechas sobre la familia Lezama.

—Excelente—volvió a aprobar d’Arsonval, con el consabido manotazo—. Y si sospecharan de ti, por lo que fuera, en otra ocasión mientras tú por ejemplo charlas con “El Lineé” aparezco yo, segundo “Pañuelo Negro”. ¡Soberbio! ¡“El Lince” se mareará!

—¿Y qué aparición has pensado, Frasco?—inquirió Lucientes.

—Necesito de ti, Diego. Esta tarde a las siete y cuarto en punto, has de procurar entregar una misiva amorosa que escribiré a Pilarín Ocampo.

—¿Quién es esa?

—La amiga íntima de Juana Pereña, la hija del virrey.

—Repámpanos. ¿No tuviste ya bastante con raptar a Juana? ¿Te son precisas también las amigas?

—Esta amiga es muy habladora. Conoce la romántica aventura de Juana Pereña. Y como mujercita envidiosa, soñará con el galante rudo y brutal, aunque finja despreciarlo. Sabré devolver el prestigio que se merece el galante bandolero.

Diego Lucientes guiñó en dirección a d'Arsonval.

—También nosotras procuraremos divertirnos a nuestro modo, Gastón. Empieza a interesarme este pacto. Me rejuvenece. Escribe, Frasco, la misiva que con gran tiento procuraré sea leída por la damisela Ocampo.

Frasco Zarzales acercóse a una mesa al extremo del subterráneo. Empezó a escribir, con letra afiligranada:

"Ensueño divinizado en femenino compendio de encantos:

—Dos puntos — ironizó Lucientes, leyendo por encima de su espalda—. Falta algo primordial, Frasquito, Escribe el nombre de ella, porque, pese a toda posible presunción, es preciso que ella sepa que el ensueño es ella misma, Pilarín Ocampo, y no su amiga íntima.

Gastón d'Arsonval, fruncidos los labios y más saltones aun los ojos redondos, resumió su parecer:

—Detesto este juego, señores. Jugáis con los amores y seréis castigados. Os lo predigo: día llegará en que caeréis prendidos en estas redes peligrosas del juego amoroso.

—¡Cállese el búho!—exclamó Lucientes—. Avante, Frasco. Empieza la bella aventura, porque tres quijotes han sellado un doble pacto: desorientar un lince sabihondo y aplastar a los invencibles Montañeros. Resumiendo: vamos en pos del ideal, que es: "¡Morir con las botes puestas!".

CAPITULO V

Garra de terciopelo

—"Lince!: mamífero carnicero de bellísimo pelaje, semejante al gato cerval, de aterciopeladas zarpas y vista agudísima. Los antiguos afirmaban que la vista del lince atravesaba las paredes.

Y Carlos Lezama dejó de leer el párrafo que en la historia natural definía el lince. Eran las cinco y media de la tarde. A su lado, Humberto de Ferjus miró instintivamente hacia la pared.

En el umbral, Ambrosio Bustamante, en su papel de mayordomo, repitió:

—El señor Lorenzo Olivares desea ser recibido por el señor conde Ferblanc.

—Introduce, Ambrosio..

Poco después, padre e hijo en pie devolvían el seco saludo del visitante. La diestra blanca de Olivares resaltaba contra el puño de su bastón.

—Tomad asiento, señor—invitó Lezama—. Esta mañana el Señor virrey ha tenido la amabilidad de comunicarme que en vista de mi incapacidad para descubrir el menor indicio de "Pañuelo Negro", quedaba relevado de tal misión, de la cual os hacíais cargo.

Sentado, velando los párpados de los acerados ojos grises, "El Lince" asentía con la cabeza. Al terminar Lezama de hablar, guardó un instante de silencio, para decir, poco después:

—Estoy seguro, conde, que el señor virrey no atribuye a incapacidad vuestro aparente fracaso.

—¿No? ¿A qué, entonces?

—Tal vez, a exceso de ocupaciones. Sois jefe de la Legión del Mar y jefe del Tercer, Tercio. Además, padre de familia. No se os puede exigir demasiado. Declinaré el motivo de mi visita. Primero,

presentaos mis respetos porque España os debe mucho. Segundo, indagar si podéis facilitarme alguna pista. Tengo entendido que estos últimos días anduvisteis muy atareado, movilizando vuestros hombres de confianza y no sois cazador que os pongáis en movimiento sin pieza o rastro.

—Acertáis. Tuve rastro y cacé piezas.

—¿Sí?—Y seguía "El Lince" con los ojos cerrados.

Instintivamente, resintió Humberto antipatía hacia el personaje, en cuya metálica voz se adivinaba un mundo de reticencias. Se puso en pie.

—Si me lo permites, padre, me despido. Tengo que ir al Teatro Real, para los preparativos.

Besó la diestra de Lezama y saludando secamente al visitante, abandonó el salón.

Abrió repentinamente los ojos Lorenzo Olivareis. Sus delgados labios, crueles, tuvieron un frunce especial.

—Tengo entendido, conde, que os complace la rectitud en todo, si no es necesaria la finta o el disimulo.

—Definís bien lo que suele ser característica de todo humano. Adoramos la claridad si no nos perjudica.

—¿Os perjudica mi misión?

—¿En qué puede importunarme vuestra labor

—Podría descubrir un parentesco o amistad entre la persona enigmática de "Pañuelo Negro" y vos, señor, conde Ferblanc.

—Todo es posible en este bajo mundo, señor. Al principio los indicios me indicaron también esta posibilidad, pero los descarté. Eran meras coincidencias.

—Las coincidencias dejan de serlo cuando se enlazan con realidades. Y a eso he venido. Dijisteis antes, conde, que salisteis con un buen rastro y cobrasteis pieza.

—Jonah Kidd y sus piratas ingleses. Magnífica pieza.

—Conozco el hecho y, sin embargo, me permito afirmar que no salisteis para capturar a Jonah Kidd, hecho que incidentalmente surgió en vuestra pista que tendía a averiguar la personalidad de "Pañuelo Negro. No nos conocemos, señor conde, y por oso debo anticipar que nunca hago afirmaciones que no esté en condiciones de demostrar. Tal vez, vos, hombre de arrojo reconocido, despreciéis a los que, como yo empleamos tácticas sinuosas, en que

la garra hiere más porque se envuelve en terciopelo.

—Yo no desprecio al talento adopte la forma que adopte.

—Gracias. Pero si del lince tengo el apodo, es porque la cualidad casi sobrenatural que se me atribuye, tiene una sencilla explicación, que sólo me permito descubrir ante vos. Más que lince, suponedme una araña que va tejiendo un cáñamo muy sólido. Los hilos irrompibles, son los informes que mis múltiples agentes obtienen. Yo me limito a comprobar la solidez de los hilos.

—Meritoria labor, poique os sobrarán muchos hilos e intrincada será esa tarea de tejer tela de araña, ya que estos animales poseen instinto y laboriosidad y vos tenéis que luchar contra vuestra propia imaginación.

—¿Es imaginación deciros que vos sabéis quién es “Pañuelo Negro”?

—Sí; porque esto sólo yo lo sé.

—Supuse que ésta sería vuestra respuesta. Permitidme entonces abandonar toda suposición y entrar en el terreno de las realidades. ¿Sabéis quién es Genoveva Lirio?

—La firma con la cual Diego Lucientes escribe en la “Voz del Hurón” crónicas aciduladas.

—Una de ellas incitó a “Pañuelo Negro” a matar, al embajador veneciano.

—Si los deseos fueran órdenes, moriría mucha gente. Al igual que Genoveva, muchas eran las personas en Latacunga que comentaron su propio deseo de pronta muerte al vil embajador.

—¿Qué sucedió en el mesón que daba frente a las arenas movedizas?

—Fue incendiado por piratas de Jonah Kidd.

—¿Quién raptó a Juana Pereña, la hija del virrey?

—“Pañuelo Negro”.

—¿Cómo lo sabéis?

—Luché con espada contra el tal, pero la hija del virrey me impidió detenerlo, porque me amenazó con pistola, y los deseos de una dama siempre son para mí órdenes perentorias e indiscutibles.

—No he interrogado aún a Juana Pereña. Tal vez ella me diga la real personalidad de “Pañuelo Negro”.


—Todo eso son suposiciones, señor.

—Es muy posible. Esta tarde, a las siete, en el concierto asistirá Juana Pereña.

—Ella puede revelarme quién es Pañuelo Negro”.

—Entonces ya habréis triunfado.

—Que mi triunfo no suponga para vos rencor.

—No os puedo guardar rencor siempre que la verdad os ampare, señor Olivares.

—Es que debo haceros constar que sería muy delicada vuestra situación si "Pañuelo-Negro” fuera miembro de vuestra familia, o existiera la sospecha fundamentada de que conociendo el edicto, y, no acatándolo, os hicierais sujeto de complicidad.

—Todo eso son suposiciones, señor. Os deseo buen éxito en vuestra tarea.

Levantóse Lorenzo Olivares. Su asomo de sonrisa fue desagradable, cuándo mostró su diestra abierta.

—Perdonadme si soy amante de vanidades. Esta mano hoy es aterciopelada, señor conde, pero mañana puede ser garra implacable.

—Lo celebro. Si siempre fuerais terciopelo, no mereceríais

vuestro justo renombre de infalible cazador.

Dirigíase Olivares hacia la puerta, cuando volvióse. Ojos cerrados, chocó levemente el puño de su bastón contra el rasurado mentón para decir:

—Me he limitado a exponer lo que todos saben, mención aparte del rapto de la hija del virrey, devuelta milagrosamente, y a entera ignorancia de nuestra máxima autoridad, gracias a vuestra benévola mentira de que ella había pasado la noche en un convento, después de una ligera discordia con su padre. He guardado para el oportuno momento, como con el virrey he hecho, cuanto sé. Si por las circunstancias, casi somos enemigos, conde, espero no me guardéis rencor.

—Me conmueve vuestra insistencia en que no exista animosidad entre ambos. ¿Por qué hemos de ser enemigos?

—Por la evidente razón de que afirmo que todo vuestro interés está en que no se descubra la personalidad de "Pañuelo Negro" mientras que el mío estriba en todo lo contrario. Vuestro servidor, señor conde.

Al marcharse Olivares, encogióse de hombros Lezama. No sentía la menor inquietud. Y sabía que si Juana Pereña revelaba la personalidad del que ella creía "Pañuelo Negro", Frasco Zarzales sabría vencer todas las dificultades.

* * *

Juana Pereña, la hija del virrey, había tratado en vano de luchar contra el desconcierto que en ella sugería el contraste decepcionante que en su ánimo produjo la desilusión, cuándo el romántico y audaz bandolero de los verdes ojos habíase súbitamente, en la gruta, revelado como un hombre ebrio y grosero.

Recordaba también su promesa de nunca revelar a nadie la personalidad del que habíala salvado de aquel trance horrible. Y por eso, ni a su propia amiga y confidente, Pilarín Ocampo, habíale dicho que era un caballero belga, de ojos saltones y castaño cabello de rostro alargado por perilla y mostachos, el que en la gruta la confortó devolviéndola, como dijo él mismo: "al prosaico, pero feliz vivir diario".

Y aunque al principio había sido para ella humillante confesar a su amiga Ocampo que el bandolero "Pañuelo Negro" había mentido amor, para, engañándola, llevársela con intención de obtener

rescate, ignoraba que mentalmente Pilarín Ocampo excusó al bandolero.

Pilarín Ocampo, frágil y delicada, tenía, no obstante, un carácter decidido. Y achacaba a escasez de atracción en Juana Pereña el brusco cambio del bandolero.

Desde hacía unos días, un caballero apuesto cortejaba a Pilarín Ocampo.

Y ésta, inconscientemente, o tal vez por habilidad del desconocido, relató la aventura de una noche de la hija del virrey.

Roberto Roncal, que ese era el nombre de su cortejador, dio palabra de nunca contar a nadie lo que le había explicado Pilarín Ocampo. Y si bien faltó a su palabra, lo hizo con la conciencia tranquila, porque el agente principal de Lorenzo Olivares, estaba muy lejos de calificar de "nadie" a su jefe.

Dos objeciones había hecho Lorenzo Olivares cuando oyó el relato minucioso con que Roberto Roncal reprodujo la confidencia de la íntima amiga de la hija del virrey.

—Tengo la descripción detallada de cuantos son familiares y servidores del conde Ferblanc. No hay ninguno que tenga los ojos verdes, color sobre el cual, con mucha insistencia, se deleita Juana Pereña. Y, por último, dice ella que el desconocido raptor negó siempre ser "Pañuelo Negro", diciendo tan sólo que era un fuera la Ley. No interrogaré a Juana Pereña, porque sería ponerla sobre aviso. Es posible que su raptor reincida, y más nos servirá tenerla a ella bajo discreta vigilancia que te encomiendo.

Pilarín Ocampo sintió secretos celos de su amiga, cuando vio que era ésta la que parecía merecer la atención de Roberto Roncal. El agente, pacientemente, esperaba la ocasión predicha por Olivares: "Actualmente Juana Pereña está adormilada en un estado casi de odio contra los hombres, lógica causa de su aventura en que el Príncipe Azul se reveló un borrachín brutal. Fíjate, pues, bien en ella. Reaccionará ostensiblemente si ante ella aparece el que fue su raptor".

Y aquella tarde, a las seis y media, cuando empezaba a poblarse la vasta sala del Teatro Real, Roberto Roncal sintióse repentinamente intrigado, porque acababa de descubrir en la hija del virrey un súbito erguir de miembros y una intensa mirada de interés hacia un punto definido de la sala.

Pero era difícil discriminar una individualidad, ya que la vasta sala estaba muy concurrida esperando el momento del concierto.

En el semicírculo del anfiteatro deambulaban los caballeros por grupos, mirando hacia los palcos donde sentábanse las damas.

Y Diego Lucientes, recién llegado de las archas movedizas, ignoraba que la mirada de Juana Pereña estaba fija en él, porque sus rojos cabellos y su peculiar rostro desvergonzado evocaban en el recuerdo de la hija del virrey la imagen del hombre que, espada en mano, había herido y perseguido al bandolero de ojos verdes hasta los jardines del palacio.

Pero también Juana Pereña ignoraba que aquella persecución había sido un engaño amañado entre Frasco Zarzales y el propio Lucientes.

El madrileño, habiéndose separado de Gastón d’Arsonval que en la antesala estudiaba con gran atención los cuadros que adornaban las paredes, deambulaba lanzando ojeadas admirativas hacia los palcos, porque para aquella ocasión, como en otras semejantes, las bellezas de Latacunga, que poco salían de sus casas, hallábanse congregadas en el Teatro Real.

Una sobre todo llamó su atención. Era una morena de espléndida apariencia, que sentábase erguida y altiva. Tras ella, un individuo de rostro a filado y mirada inquieta, parecía vigilar, como temeroso de que alguien suscitara el interés de la hermosa por él acompañada.

Detúvose un momento en su paseo por la sala Diego Lucientes, porque acababa de percibir la mirada de la desconocida. Una mirada recelosa, como si temiera ser descubierta por su acompañante.

Con su habitual descaro, Diego Lucientes guiñó hacia el palco. La desconocida apartó la mirada, pero en sus labios se esbozó una sonrisa.

El madrileño sintió en sus venas la agradable sensación de un inicio de galante aventura.

Repitió su guiño…, pero esta vez tuvo la mala fortuna de que el individuo se diera cuenta. Se levantó bruscamente abandonando el palco, y descendiendo las pocas escaleras que conducían a la sala, se dirigió rectamente hacia Lucientes, que estaba a cuatro pasos del palco y que, fingiendo ignorar la llegada del acompañante de la

beldad, contemplaba a ésta con embeleso.
—Caballero.
La breve y brusca interpelación pareció despertar a Lucientes.
—¿Es a mí, señor?—fingió preguntar al recién llegado.
—Sí, a vos. ¿Sabéis quién soy yo?
—Ni idea, señor.
—¡Soy el esposo de esta dama a la cual tan insolentemente estáis contemplando!
—¡Repámpanos!... Entonces, permitidme que os felicite calurosamente y con sincera envidia.
—¡Sois un... un sinvergüenza!—murmuró entre dientes y con reprimido furor el ofendido.
—¿Vamos a perder el tiempo discutiendo nimiedades muy evidentes, señor?—replicó risueño Lucientes.
“Hermosa y guardián, meditó el madrileño. “Doble aliciente...”
—¿Qué pretendéis decir con evidencias nimias?
—Una, la de que soy levemente desprovisto de vergüenza; y otra, que, en efecto, contemplo con admiración a vuestra esposa... Pero no os ofendáis.
—Vuestra actitud es impropia dé un caballero y os exijo...
—Lo que sería impropio es que a hurtadillas manifestara mi admiración. Además, mi querido señor..., ¿qué culpa tengo yo de que hayáis tenido la suerte de casaros con ese portento de belleza?
—¿Y qué culpa tienen los seres honestos de que se te permita la entrada aquí?
La intervención inesperada produjo dos efectos contrarios; en Lucientes, regocijo, y en el otro, un apaciguamiento.
El Pirata Negro saludó al desconocido:
—Os pido, señor, toda clase de excusas en nombre de mi amigo. Es un atolondrado, sin maldad, pero comprometedor. Os ruego, pues, que aceptéis mis personales excusas por tener como amigo a un individuo que, por creerse gracioso, ignora que ofende.
—A vuestro ruego no sé negarme, señor conde—replicó el otro, saludando de nuevo, después de lanzar una postrera mirada furibunda a Diego, Lucientes, y alejándose hacia el palco.
—Hola, hidalgo. Hace ya días que no nos veíamos. Está la sala estupenda. Hay un mujerío que le quitaría el hipo a un hipopótamo.
Carlos Lezama, asiendo por el brazo a su amigo, le Obligó a

separarse del palco.

—Creo que acudí a tiempo. Te vi embobado ante la morena, y vi también acudir al marido. ¿Es que no tienes enmienda, maldita sea? Apenas llegas, ya buscas gresca.

—Las buenas costumbres no hay que abandonarlas. ¿Y mi encanto de hija? ¿No ha llegado aún?

—Lo primero que debisteis hacer es ir a casa.

—No tenía tiempo. Sabía que todos vendríais aquí. ¿Y tu encanto de niño músico? Aun no le he visto.

—Ya lo oirás.

—Bien, bien, hidalgo… Siempre duro conmigo. Zarzales me ha asegurado que tú me dirás quién es el del encaje negro.

—Atolondrado eres, pero sé que, llegado el momento, nadie te gana en discreto. Hay un lince tras la pista. Seguramente te interrogará. Desconfía de él, porque creo que sabe mucho. Y por nuestra amistad, por el bien de todos, si nunca revelas quién es "Pañuelo Negro", sería algo que nunca te perdonaría.

—Entonces… guarda el secreto. Te lo digo sin resquemor. Prefiero seguir como hasta ahora, ignorándolo, y así más fácil me será hablar con "El Lince".

—De acuerdo. ¿Vinieron contigo Zarzales y d'Arsonval?

—Sólo d'Arsonval. Lo dejé en el vestíbulo, donde los cuadros le retienen. Es un artista a su modo. Pretende que la naturaleza es escarnecida por los pintores.

En la antesala, Gastón d'Arsonval emitía bufidos ante un excelente cuadro que reproducía una puesta de sol. De pronto olisqueó el aire, y a su lado vio a un elegante cortesano dirigiendo hacia el mismo cuadro un lente montado al extremo de una varilla de nácar.

El belga se caracterizaba por una parsimonia agresiva, que en aquel momento brotó.

Miró de pies a cabeza al perfumadísimo cortesano y comentó:

—Apestáis, caballero.

El rodar gutural de la "erre" extrañó menos al interpelado, que sobresaltándose murmuró:

—No os he oído bien…

—Digo que apestáis horriblemente.

—Nunca oí tamaña desfachatez, señor. Soy Gundemaro del

Predio, y daos por abofeteado. Mañana, a las siete, os espero con mis testigos en la Ermita Vieja.

—¿Para qué?—preguntó d'Arsonval más redondas sus saltones ojos, mientras se atusaba con la diestra el mostacho y la perilla.

—Como extranjero ignoraréis que la Ermita Vieja es el campo del honor. Y allí uno de los dos quedará muerto.

—No, yo no me bato con vos, por razones puramente de estética y buen gusto. Sed razonable, caballero. Si me matáis, seguiríais oliendo mal. Y si os mato, oleríais peor. O sea que eso no tiene remedio, a menos que en nombre del herido olfato ajeno, regreséis a casa y os lavéis con jabón sin olor. He hablado.

Iba el perfumado petimetre a lanzarse tras el corpulento belga que alejábase en dirección a otro cuadro, cuando al sentirse tocado en el hombro, miró dispuesto a irritarse.

Pero cambió su actitud, haciéndose casi servil.

—Os saludo, conde Ferblanc. Permitidme un instante que tengo que discutir con aquel extranjero.

—No discutáis con él. Os lo ruego. En confianza os diré que se trata de un loco.

—Me insultó.

—No lo toméis a mal. También me insultó a mí, pero ¿vamos a batirnos con un irresponsable?

Gundemaro del Predio, proveedor del Tercer Tercio, prefería evitar un duelo y a la vez granjearse la simpatía del coronel del Tercer Tercio.

—Bien, conde Ferblanc. Acepto vuestro consejo. En efecto, esté extranjero tiene que estar loco. ¡Ah, estos forasteros!

Gaston d'Arsonval, ajeno a lo que sucedía seguía emitiendo bufidos ahora delante de un cuadro representando un soleado caserío.

Me place veros, d'Arsonval—dijo Lezama colocándose a su lado,

—Doblemente complacido yo, Lezama. Pero decidme con franqueza, ¿no es merecedor de gran castigo quien pretende pintar en lienzos la maravilla inimitable de la naturaleza?

—Debemos agradecer el esfuerzo de lodo artista, d'Arsonval. Os debo gratitud por cuanto hicisteis por Humberto. Como sé que al igual que yo, no oís amante de demostraciones exteriores, sabed tan sólo que os cuento entre mis escasos amigos que son Lucientes,

Zarzales y vos. Por eso misino os deseo pedir una merced.

—Concedida.

—Moderad vuestra natural agresividad, Desde que me he propuesto formar un hogar, eludo todo roce y soy apacible., Me placería que mis amigos que asistirán a la boda de mi hijo Cheij, evitaran en todo lo posible percances.

—Los evitaré si son evitables, Lezama. Todo sea por nuestra amistad.

—Atención...—dijo en voz baja Lezama—. Vuelvo a la sala, id preparado, porque hace unos instantes que no os quita ojo de encima a través de sus párpados que deben ser transparentes, "El Lince", cuyas zarpas van muy bien envueltas en garras de terciopelo.

—Advertido quedo. Siendo extranjero, ¿si me molestara "El Lince" y lo perforara de parte a parte, os molestaría a vos?

—Mas a él, pero tengamos en cuenta que dicho señor cumple con su deber.

—Lo tendré en cuenta.

Siguió d'Arsonval ante el cuadro, al marcharse Lezama. Y a pocos pasos, Lorenzo Olivares meditaba en la extraña y reciente declaración que Roberto Roncal habíale hecho:

"La hija del virrey habíase sobresaltado viendo entrar a Diego Lucientes. Pero por encima de todo disimulo, habíase sonrojado con visible alteración, cuando un caballero muy perfumado habíale descrito un incidente que acababa de tener con un individuo de ojos saltones, cabellos castaños, mostacho y perilla del mismo color, de acento extranjero, el cual hallábase en la galería de cuadros, y del que, el conde Ferblanc, había afirmado estaba loco".

Lorenzo Olivares sentíase intrigado. La hija del virrey había descrito como joven moreno y de ojos verdes a su raptor. ¿Por qué entonces tanta emoción al saber que en la galería de cuadros estaba un individuo de ojos saltones y cabellos, castaños, extranjero y corpulento, y ya rondando la cuarentena?

"El Lince deslizóse rápidamente tras un cortinaje, porque Juana Pereña a paso apresurado acercábase al cuadro ante el cual Gastón d'Arsonval, emitía bufidos de descontento.

—Corréis peligro, señor—dijo ella en voz baja, precipitadamente.

Gastón d'Arsonval alzó la vista, y destocándose, habló guturalmente en voz tonante:

—Coincido plenamente con vuestra opinión, señorita. Este cuadro es atroz, como toda imitación de la naturaleza. Beso vuestra mano, y por si en algo puedo serviros, sabed que es vuestro servidor Gastón d'Arsonval, que tales son mis nombres—y rápido, en voz baja, añadió: —Nunca nos hemos visto ni nos conocemos.

El impulso que había llevado a Juana Pereña a entrevistarse con su "salvador" en lugar poco visible, era secretamente su deseo de oír hablar del misterioso aventurero de verdes ojos que tan poético había sido al principio.

Gastón d'Arsonval alejóse tras saludar amplia y profundamente, y Juana Pereña se disponía a entrar en el pasillo que conducía a su palco cuando se detuvo, porque ante ella un desconocido de rubios cabellos y rostro atractivo, fijando en ella unos penetrantes ojos grises, decía:

—Solicito, señorita, unos instantes de privadísima conversación.

La joven, escandalizada, irguióse:

—No os conozco, caballero, y si tal sois, cededme paso.

—Lorenzo Olivares, jefe supremo de investigación, especialmente convocado por vuestro padre, para poner en claro cuánto se refiera a "Pañuelo Negro". Tened, señorita, la bondad de oírme como a un amigo y de contestarme como lo haríais con vuestra propia madre. Ella, como yo, queremos evitar que nunca llegue a oídos del virrey, la desdichada imprudencia que cierta noche cometisteis. Serena oís, señorita. Si por misteriosas circunstancias, propias de mi profesión, conozco detalladamente lo que sucedió aquella noche, nada tenéis que temer. El virrey no lo sabrá... a menos que me mintierais.

La adormilada expresión de Olivares, era un estudio fisonómico, destinado a producir contraste con el rápido parpadeo penetrante, que por un breve momento semejaba taladrar a sus interlocutores.

Como fascinada, Juana Pereña musitó:

—¿Qué queréis saber?

—Decidme qué intervención tuvo Diego Lucientes en la noche aciaga que os hizo seguir a "Pañuelo Negro".

—Diego Lucientes perseguía a... al capitán Zarzales, y fue él quien le hirió en la frente. El capitán Zarzales se ocultó en el jardín,

y Diego Lucientes perdió su pista.

—Bien. ¿Y qué intervención tuvo el caballero con el cual acabáis de hablar en la galería de los cuadros?

—No puedo... Juré nunca...

—En este caso, tendré que participar a vuestro padre que os negáis a facilitar la labor de la justicia.

—Me salvó de las manos de Frasco Zarzales.

—¿Dónde os libró?

—En paraje que ignoro y que era subterráneo. Sólo sé que era en las proximidades del mesón del viajero que está en la cumbre del altozano.

—¿Y tenéis la certidumbre que Frasco Zarzales, el hombre de los verdes ojos, era “Pañuelo Negro”.

—El lo negó. Y parecía sincero. Dijo solamente que le perseguían. Y por favor, si ya os basta cuanto he dicho, dejadme partir.

—No temáis, señorita. Vuestro secreto lo sigue siendo en mi poder.

Quedóse Lorenzo Olivares reflexionando activamente. ¿Quién era Frasco Zarzales? ¿Qué relación había entre éste y el corpulento extranjero de la galería de los cuadros?

Asomóse para sentir que aumentaba su desorientación. Veía conversando entre risotadas a Diego Lucientes y al extranjero.

A veces, Lorenzo Olivares tenía arranques casi temerarios, que le habían valido ventajas, por sacar provecho de la sorpresa.

Aproximóse al pelirrojo que en aquel instante reíase de algo que acababa de explicar Gastón d’Arsonval. y espetó:

—Excusad, señores, mi intromisión. Pero yo al igual que vos, señor Lucientes, tengo gran interés en hallar a Frasco Zarzales.

—¿Conocéis a este caballero, señor d’Arsonval?—preguntó Lucientes.

—En mi vida le vi, señor Lucientes —replicó el belga—. ¿Y vos le conocéis?

—Ni lo deseo, señor d’Arsonval. Dadme vuestro brazo, que oigo en la sala, rumores de indicio de que va a empezar la serenata de violín con que nos atormentará el señor marqués de Ferjus.

Lorenzo Olivares, al ver alejarse a los dos aventureros, no sintió el menor enojo. Limitóse a interceptarles el paso en el umbral.

—Perdonadme, si no me presenté. Soy Lorenzo Olivares, jefe supremo de investigación. Con propias facultades y autorización del virrey para inquirir y preguntar a todos los ciudadanos residentes o en tránsito en esta ciudad. Por referencias os conozco, señor Lucientes, y también al caballero.

—Gastón d'Arsonval— saludó destocándose el belga—. De tránsito en Latacunga, pero siempre dispuesto a contestar cuantas preguntas me sean hechas, si las estimo pertinentes y coherentes.

—Como deseo también escuchar las melodías que han congregado a lo más selecto de esta sociedad, seré breve. ¿Conocéis al llamado Frasco Zarzales, señor Lucientes?

—Sí.

—¿Tenéis relaciones de amistad o enemistad con el citado?

—Poco después de que se me presentó le corté la frente, y no llegué a más porque me huyó, desapareciendo precisamente por los contornos del palacio virreinal.

—¿Por qué le heristeis?

—Porque me gusta más pelear que comer con los dedos. Fue meramente una cuestión de faldas que la galantería me impide comentar.

—¿Y vos, señor d'Arsonval? ¿Tenéis amistad o enemistad con Frasco Zarzales?

—En mis habituales vagabundeos, amante como soy del continuo andar sin rumbo, hallé a una damita asustada que me pidió protección. No supe ni me interesó saber si había sido raptada, o en alas de una ilusión raptó a alguien. Lo cierto es que mi caballo la sirvió para alejarse de un paraje al que había llegado en compañía de un seductor de verdes ojos que me dijo llamarse Frasco Zarzales. Eso es cuanto sé a propósito de caballero.

—No les entretengo más, caballeros. Honradísimo en haberles conocido. Muy posiblemente volveremos a vernos.

Enlazados por el brazo dirigiéronse Lucientes y d'Arsonval a la sala.

Y no era por mal concepto de la naturaleza humana, lo que motivó que Lorenzo Olivares disponiéndose también a oír el recital, meditara que hasta entonces cuantos había interrogado, salvo Maese Alfredo Huarte y Juana Pereña, mentían, y además sin tratar de velar los embustes.

Iba a entrar en la sala, cuando a su lado, un individuo susurró, recién llegado:

—Creo, jefe, que ya podréis demostrar quién es “Pañuelo Negro”.

Sin inmutarse, Lorenzo Olivares miró a su segundo agente, el hábil y sinuoso Pablo Loreto.

—¿Quién?—limitóse a inquirir.

Pablo Loreto desde el umbral miró hacia el fondo de la sala. Toda la atención estaba concentrada en el hombre que sobre el estrado, y alzado, el telón, aparecía violín en mano.

Una salva de aplausos saludando la aparición del “violinista aristócrata”, impidió a Lorenzo Olivareis oír perfectamente a su agente.

—Repite — ordenó—. ¿Quién dices que es “Pañuelo Negro”?

—Humberto de Ferjus, jefe.

Lorenzo Olivares abrió los párpados, y su delgada boca rezumó un hondo disgusto.

—Es el rumor más absurdo de cuantos he oído hasta ahora, Pablo. Este muchacho que se dispone a derramar arpegios, ignora el manejo de cualquier arma. Ademáis, cuando apareció por vez primera “Pañuelo Negro”, Humberto de Ferjus se hallaba en alta mar, en goleta francesa procedente de Burdeos. Comprenderás que poseo abundante y detallada información sobre todos los miembros que componen la familia del conde Ferblanc.

Unos siseos impacientes de los que deseaban no perder nota del afamado violinista, hicieron callar a los dos hombres del umbral.

El sortilegio del violín mágico se adueñó de cuantos lo oían, y hasta el propio Lorenzo Olivares olvidó los hilos de su tela de araña, para sucumbir al encanto de la música.

Y aprovechando el general ensimismamiento, Diego Lucientes por el pasillo de los palcos en que se hallaba Juana Pereña con su amiga Pilarín Ocampo, cumplió la ayuda prometida a Frasco Zarzales.

Su diestra dejó caer sobre el regazo de la amiga de la hija del virrey el recio papel plegado en cuatro da dobleces. Y cuando sobresaltada Pilarín Ocampo pretendía, volviendo ll cabeza, averiguar quién era el que había dejado la misiva, no vio ya más que la cortina estremecerse en último temblor...

CAPÍTULO VI

Sorpresas

"Ensueño divinizado en compendio de femeninos encantas:

Bello es vivir cuando el corazón se nutre de compartida ilusión, pero morir se quiere cuando oí más voraz incendio consume sin nunca extinguirlo un corazón enamorado.

Llamas son que como las que dieron vida al Ave Fénix nunca se apagan, y tanto más arden cuanto menos esperanzas alienta el mísero aquejado de mal de amores.

¿Quién soy y qué soy? Un errante trovador, acosado y sin paz, que no puede aspirar al dulce honor por otros logrado, de veros, oíros y pretender ser por vos escuchado.

Vuestro nombre, Pilar, miles de veces lo murmuro. Cuando leáis estas líneas incoherentes, llorarán arpegios de violín en la sala donde os halláis. Oíd en ellos el lamento de mi enamorado corazón.

Vuestros familiares han asistido también al Teatro Real. Queda, pues, vacío vuestro nido, donde como ladrón furtivo penetraré a la misma hora en que esta misiva leáis. Será mi botín acariciar las sedas donde dormís, besar el espejo ante el cual os peinas y hurtar uno de los pañuelos con los que tenéis por costumbre adornar vuestro antebrazo prendiéndola en brazalete frío de rojos rubíes

Después... en el jardín solitario por donde las rosas palidecen de envidia al veros pasar oiré el canto de los pájaros, y si mañana cuando la alborada nazca no he tenido el privilegio de veros en vuestro balcón, seguir siendo el más infortunado de los hombres, que buscará en la muerte el único alivio a la llama devoradora que es de inextinguible suplicio.

Adiós, ensueño, adiós, amada imposible."

Diego Lucientes al leer el mensaje de Franco Zarzales, había dicho burlón:

"Yo mismo he escrito peores tonterías, Frasco. Creo que tendrás éxito, porque el verdadero amor produce un estado de perfecta estupidez que suprime la facultad de analizar lo que es ridículo y lo que es sensato".

Pilarín Ocampo al terminar de leer, respiraba agitadamente. Agradecía confusamente al que en el estrado prodigaba los mágicos acordes melodiosos, que cautivara por completo la atención de los otros ocupantes del palco que se hallaban ante ella, volviendo la espalda.

Nadie podría darse menta de su agitación... Tenía un carácter decidido, muy distinto a lo que permitía suponer su aniñado aspecto y su frágil contextura.

Era clara la intención del firmante de la misiva: la citaba en los jardines de su propia casa. Era indigno: aquel maleante que había raptado a su amiga para obtener un rescate, también a ella le mentía amores seguramente con la misma finalidad.

Pero Pilarín Ocampo además de decidida era presuntuosa. ¿Y si "Pañuelo Negro" estaba realmente enamorado de ella? Conocía sus costumbres, lo cual demostraba que de lejos la había acechado.

Unánime estalló una salva de aplausos ovacionando al genial intérprete de la melodía que acababa de finalizar. En el paréntesis, volvióse Juana Pereña para inquirir observando a su amiga:

—Estás pálida, Pilarín. ¿Te encuentras indispuesta?

—Sí—dijo precipitadamente ella—. Hace calor, y noto una opresión extraña. Iré a respirar al exterior y si no mejoro, me iré a casa. No, por favor, que no me acompañe nadie. Bajo ningún concepto admitiré que por una ligera indisposición que seguramente pronto pasará, os privéis de escuchar a este artista sin igual.

En la galería de los cuadros, Pilarín Ocampo aspiró varias veces el pomo de esencias que llevaba en su escarcela. Sentíase atraída y a la vez temerosa.

¿Acudir a la tácita llamada del bandolero no era exponerse a un incierto peligro? Pero una curiosidad indominable la empujaba. Las

descripciones de Juana Pereña retrataban la imagen de un varonil buen mozo de romántica hidalguía, que sólo al influjo de la embriaguez, habíase convertido en grosero y brutal.

Conocer e "Pañuelo Negro"... en un jardín, no podía ser peligroso. Y después muy torpe había de ser ella, si no evitaba cualquier peligro.

En el compás de espera, la sala del Teatro Real bullía de animación, y los caballeros iban y venían trayendo dulces y refrescos que para sus damas habían ido a buscar al amplio salón anexo, donde tras mesas surtidas abundantemente, rígidos lacayos atendían las demandas.

Lorenzo Olivares miró apenas a la que recatadamente, embozándose en el chal abandonaba el Teatro Real. Tras ella, sin ser visto, Roberto Roncal se perdió en la penumbra del exterior.

—Informe escrito, Pablo—dijo Lorenzo Olivares—. Después comprobaré la veracidad de cuanto hayas averiguado,

Y el elegante lince, hizo un gesto poco habitual en él. Desabrochóse el coleto. En su frente tersa perlaban leves gotas de sudor...

—La atmósfera se hace irrespirable—comentó.

El mismo comentario era general, mientras varios lacayos abrían las altas ventanas de la sala. Era un calor impropio de aquel mes invernal.

Delante de las mesas aprovisionadas, Diego Lucientes tocó en el hombro a su compañero.

—¿Qué nos soplamos, Gastón? Me atraen esas guindas bañadas en tintillo aloque. Tal vez prefieras tú esos pastelillos que llaman "sorpresas", porque contienen mezclas inesperadas. Los hay que... Repámpanos, Gastón, te van a saltar los ojos... ¿Tanto efecto te producen los pastelillos aun antes de probarlos?

Gastón d'Arsonval parecía la estatua de la estupefacción. Sus redondos ojos miraban como si viera un fantasma a un individuo de blancos cabellos, roja nariz y manos temblorosas que estaba bebiendo a un extremo de una larga mena, distante veinte pasos.

—¡Es él! ¡El obsesionado!—murmuró el belga.

—¿Eh? ¿Quién? ¿Cómo?—preguntó intrigado Lucientes.

—¡Dupeyron!

—¿Y ese quién es?

—El médico... el del relato del baile de los piratas. El atormentado por el remordimiento...

—Ah... El que vio bailar a la condesa Samaniego... Bien, ¿y qué?

—Juró no pisar nunca suelo sudamericano. ¡Y está aquí!

—Sólo los idiotas no varían de pensamiento. Y por lo que juzgué a través de la historieta canallesca, ese buen hombre no es un estulto. Bebe como una esponja.

—Ya te lo dije. Trata de olvidar aquella pesadilla que vivió. Pero, ¿qué hará aquí?

—El mundo es un pañuelo, Gastón, y cada uno debe ocuparse de sus propias narices.

Empezaba a vaciarse el salón. Renacía el silencio en la vasta sala de audición. Sólo quedaron los lacayos y Dupeyron que volvía la espalda a los dos amigos.

Oyóse el inicio de una extraña melodía. Humberto de Ferjus tocaba "El Brujo del Mar", y su arco parecía reproducir fielmente los embates de un mar furioso y, los lamentos de las cabrias y los quejidos de las lonas...

Dupeyron depositó su vaso encima de la mesa, mientras sus ojos de turbio mirar, posábanse en el semblante del que ante él, le saludaba:

—Celebro veros, doctor. Soy d'Arsonval, ¿recordáis? No ha mucho hice con vos un viaje en la nave donde erais médico de a bordo.

—Ah, sí, recuerdo—dijo con voz quebrada el hombre cuyos treinta y dos años parecían imposibles. Era un viejo el que veía Lucientes.

—Os presento mi buen amigo don Diego Lucientes. Merece mi entera confianza y me permití contarle vuestra horrenda aventura.

—Sí... Ah... Horrible, en efecto... Esta música es siniestra... Hace calor, señores... El mismo calor opresivo que precedió a la lluvia, y al anuncio de terremoto allá en Valleparaiso hace apenas tres años... Estoy algo embriagado, señores... pero no lo suficiente para no presentir una próxima tragedia...

—¿Habéis abandonado vuestra nave, doctor? I

—Sí... No podía vivir allá... En mil última escala... precisamente cuando vos y vuestro amigo el capitán Zarzales... oí hablar de los Montañeros... Los suponían en los alrededores de esta comarca...

No, no estoy beodo, d’Arsonval… He venido a morir.,. Estoy obligado a ello… porque presencié lo más horroroso… y egoístamente huí… Tengo que morir… pero matando a los Montañeros que… —y truncóse la voz del médico que con risa lastimera añadió: —Estoy loco, señores… Loco…

—No os apuréis, doctor—dijo con simpatía Lucientes en francés —. Nosotros dos nos enorgullecemos de ser tildados de locos por la rastrera humanidad. Hallaréis pues en nosotros la máxima comprensión.

—No es locura para quien… pueda entenderme… Día y noche me persigue la imagen de la condesa Samaniego… Es un vivo reproche su mirada lejana… Expresa el desprecio más hondo… Yo fui un cobarde…

—No podíais hacer más de lo que hicisteis, doctor Dupeyron—le consoló d’Arsonval.

—Soy médico, señores… y sé lo que es padecer obsesiones. Sólo existe un medio de librarse de una obsesión como la mía: morir… Pero no quiero cometer la máxima cobardía de matarme… Antes quiero en la medida de lo posible vengar a la condesa de Samaniego…—y afanosamente preguntó a los dos amigos: —¿Me comprendéis, verdad? Esta… esta música es fantasmal… Hace calor… Salgamos…

Intercambiaron los dos amigos una mirada de sincera.lástima y cada uno de ellos asiendo por un brazo al médico francés, abandonaron el salón.

En la amplia avenida que se extendía delante del Teatro Real, las sombras eran densas. El cielo mostraba un negro dosel de gigantescas nubes. El bochorno era opresivo…

—Presiento la tragedia, señores— balbuceó el médico—. Es mi obsesión, ero el terremoto atrae a los Montañeros. No lo olvidéis… Y tan lujosa como esta fiesta era la que se daba en casa de don Ignacio Valdés, cuando fui llamado…

El médico tendió de pronto los brazos que sostenía Lucientes. Su mano temblorosa señaló a lo lejos.

—¿No oís repicar muchos cascos de caballos?

—Es el trueno lejano, doctor—dijo d’Arsonval.

—Son… los Montañeros…—bisbiseó el médico—. El terremoto los atrae. Y como buitres, como hienas sanguinarias… acudirán…

¡Los oigo galopar! Bajan de las montañas y con sus lanzas y mosquetones… asolarán la ciudad…

Recelosamente miró alrededor el francés. Reprimió un grito cuando en el umbral del gran edificio y en el rellano de la escalinata divisó una silueta erguida.

—Puede… puede ser un espía de los Montañeros… Nos puede haber oído.

Lorenzo Olivares que había salido a aspirar aire fresco, vióse observado un instante por d’Arsonval y Lucientes.

—¡Ese… ese hombre es un Montañero!—gimió Dupeyron.

—Obsesión, doctor. Este hombre es una autoridad muy conocida en estas latitudes. Le apodan “El Lince”…

—¡Es Septentrión! ¡Es el noruego teniente de Marcos Cortezo! ¡Lo recuerdo! Le vi en catea de don Ignacio Valdés… Nos acecha… Ha venido como vanguardia de los Montañeros… Así actúan…

—Os demostraré que es obsesión, doctor—dijo apaciguador Gastón d’Arsonval— Hablaréis con este caballero porque nos. conviene. Es un talento en el arte de saber misterios. Y por él averiguaremos si es posible que los Montañeros ronden… No temáis, doctor… Veréis cómo es imposible que Lorenzo Olivares de todos conocido, sea el noruego que creéis.

Temblando como un azogado, el alcoholizado doctor subió las escaleras casi levantado en vilo por los dos aventureros.

—También nosotros, necesitábamos aire, señor Olivares—dijo Lucientes deteniéndose—. Vuestro oficio es preguntar, dijisteis antes. Seguramente os asombrará si cambiando las tornas, se os hacen preguntas.

—De vos nada me asombrará, señor Lucientes.

—Mejor que mejor. Tenéis mucho interés en descubrir a “Pañuelo Negro”, que no es más que un aventurero justiciero. En cambio hay algo mucho más interesante para vos, que sois el artista de la adivinación.

—Yo nunca adivino, señor Lucientes. Me entregan un rompecabezas, y procuro ir colocando las piezas en el lugar correspondiente hasta obtener una imagen exacta.

—¿Habéis oído hablar de los Montañeros?

La pregunta produjo en el doctor Dupeyron un vivo temblor acentuado. En Lorenzo Olivares un calmoso parpadeo.

—Una secta de bandidos inhumanos cuyos escondrijos cambian continuamente. Son piratas de tierra, señor Lucientes, y aparecen con la misma rapidez que desaparecen. Es vergonzoso queden impunes sus criminales incursiones, pero no me incumbe intentar lo imposible, mientras no me lo ordenen,

—Lo gracioso es que el doctor Dupeyron, por un instante os confundió con uno de los misteriosos lugartenientes del aun más misterioso jefe de los Montañeros.

—No le veo la gracia a la confusión— dijo secamente Olivares.

—Cualquiera puede confundirse— rebatió Lucientes—, Vos mismo..., tras el rastro de "Pañuelo Negro", os podéis equivocar.

—¡Es él! ¡Es él!—exclamó de pronto Dupeyron, que a no ser porque estaba retenido por el fuerte brazo de d'Arsonval se habría abalanzado sobre Lorenzo Olivares—. ¡Es Septentrión, el teniente noruego!...

Lorenzo Olivares rebosó de silencioso disgusto. Observado irónicamente por Lucientes y d'Arsonval, dijo después de una pausa:

—Este hombre además de estar bebido indecentemente, está loco. Malas compañías, señores. El vino y la locura son enfermedades contagiosas. Perdonad, hay un hombre que me aguarda.

Descendió Olivares las escaleras al pie de las cuales, Roberto Roncal jadeante, tartajeó:

—¡Pronto, jefe! ¡"Pañuelo Negro" está en el jardín del domicilio de Pilarín Ocampo!

—Vete en busca de Pablo, y seguidme hacia allá.

En lo alto de la escalera, consintió Dupeyron a volver a entrar. Iba murmurando cansinamente:

—No es obsesión... Este hombre rubio es un Montañero...

Por detrás de su cabeza inclinada, intercambiaran Lucientes y d'Arsonval un nuevo gesto de lástima, que condensaba su opinión, de que el estado mental del médico era incurable. Su obsesión le hacía ver Montañeros por doquier...

Y acabó de cerciorarles de la evidencia de la locura del pobre médico, el gesto inesperado con el cual abalanzándose de rodillas con los brazos tendidos hacia el umbral, Dupeyron en un gemido apenas inaudible, dijo:

—Ella... Ella... La condesa...

Cayó el médico de bruces desmayado. Lo levantó d'Arsonval cogiéndolo entre sus brazos, mientras Lucientes por mera curiosidad miraba al umbral hacia el personaje señalado por Dupeyron.

Era un apuesto caballero de larga melena negra y ojos indiferentes. Vestía una rutilante casaca de rígida tela dorada, calzas de blanca seda brillante, medias blancas y zapatos de alto tacón rojo.

Y de pronto, Lucientes miró alternativamente al médico desmayado que estaba siendo depositado en un diván por el solícito d'Arsonval, y al caballero de la casaca rígida,

—¿Empiezo a contagiarme de la locura del infeliz Dupeyron?—gruñó a media voz el madrileño—. Porque... yo seré poco entendedor en cosas serias... pero hay algo que no me equivoca nunca... ¡Y ese supuesto caballero de la casaca de oro... es una mujer!

CAPÍTULO VII

"El Lince" empieza a desorientarse

Pilar Ocampo, embozada pese al calor opresivo que anunciaba cercana tormenta, iba andando apresuradamente a lo largo de la avenida que del Teatro Real enlazaba con las primeras calles del barrio alto de Latacunga.

En una de ellas habitaba. Una casa señorial, rodeada de jardines y alto cercado. Para eludir la posible espera de la servidumbre, pasó por delante de la puerta principal, entrando por una puertecita que daba acceso al jardín.

Sentía latir desordenadamente su corazón mientras avanzaba por el umbroso jardín. El silencio y la soledad empezaron a turbarla, decreciendo su valentía...

Era muy distinto imaginar una romántica lejanía, viéndola con la fantasía, mientras alrededor hay luces, gente y vida...

El tenue susurro del césped bajo sus pasos, resonaba agigantado por la circundante soledad.

Y tuvo que sentarse porque sintióse al borde del desmayo, cuando surgiendo de tras el blanco mármol de un banco, una silueta de flotantes ropas negras, y rostro enmascarado por tupido encaje, vino a arrodillarse ante ella.

—Esclavizado por el ensueño de tu imagen, heme aquí esclavo de tu presencia. Tus ojos divinos tienen luz de tumor, y siendo yo víctima, pareces tú la malherida y yo el verdugo.

Franco Zarzales dominaba a la perfección el arte de decir naderías que en los ambientes propicios sonaban a madrigales, que a plena luz eran finamientos de inexistente amor.

Pilarín Ocampo logró dominarse. Y también insincera... fue la mojigata caritativa.

—Sabed que si acudí al recibir vuestro mensaje, fue para reprocharos una libertad a la cual nunca os instigué…

—Hiere la flecha lanzada por Cupido, y de su herida nadie es el culpable. Pero, de rodillas te pido, que desaparezca este fulgor de miedo que inunda vuestras pupilas.

—Me da pavor vuestra máscara.

Levantóse Zarzales, y su gesto fue arrogante cuando hizo deslizarse hacia su cuello el amplio pañuelo de negros encajes.

Sus verdes ojos de resplandor felino y dominante, brillaron audaces. Su negro cabello crespo y rizoso hacía destacar aún más el oro del arete que pendía de su oreja izquierda. Y destallaron blancuras los dientes cuando con grave vos no velada ya por la máscara dijo:

—Tú sola conoces mi rostro, adorada.

—Mentís — dijo ella—. Hay otra mujer a la cual también mentisteis y que os vio.

—Nunca miento, hermosa. Persigo el amor… y la desilusión me acecha.

Aquella frase, muchas veces repetida en otras ocasiones por el aventurero sevillano, surtió el máximo efecto, porque coincidía con la personal opinión de Pilar Ocampo sobre la carencia de seducción de la hija del virrey.

—Raptasteis a la hija del virrey. Lo sé porque ella me lo reveló, ya que soy su amiga íntima.

—La adoraba… pero cuando entre mis brazos y al galope la llevaba lejos, mi corazón fue llorando, porque ella, la inspiradora, era una niña sin feminidad, un capullo de rosa sin aroma, una manzana sin sabor. Por eso cuando desapareció, nada hice por recuperarla. Fue un espejismo que sólo duró el tiempo en que mi corcel recorrió la distancia entre el palacio y mi cueva.

Ella, arregló los pliegues de su chal. Tenía cinco años más que Juana Pereña y había tenido cuatro prometidos.

Conceptuó al arrogante bandolero como un romántico inofensivo, rendido ante su belleza.

Hacía ya varios minutos que Roberto Roncal, después de cerciorarse que aunque sin daño físico, los cuatro lacayos y las dos doncellas, estaban atados y amordazados en distintos lugares de la casa, había partido velozmente en busca de Lorenzo Olivares,

cuando entre dos nubes, la luna derramó plata sobre Pilarín Ocampo y el hombre de flotantes ropajes que acababa de quitarse el amplio pañuelo de encajes que cubría su rostro.

—He venido porque puede comprometerme irreparablemente si llegara a saberse que rondáis mi casa. La justicia os persigue y acusan de cómplices a quienes no os delaten.

—Tú eres una feminidad débil ante la balanza de la ley, poderosa e invencible ante mí. Te vi por vez primara el día siguiente a que Juana escapó dejándome maltrecho por la desilusión.

—Le dijisteis a ella, que queríais rescate.

—Bebí para acallar los quejidos de mi corazón y embriagado, fingí haberla raptado para obtener oro. Desprecio el oro. La única riqueza a que aspiro es a oír junto a mi corazón los latidos en eco del tuyo.

—Pausa, señor bandido—sonrió ella nerviosamente—. Os repito que acudí tan sólo para deciros que nunca más volváis a importunarme.

—Mientes adorablemente, delicia de mis ojos. Aletean tus párpados, tiembla tu voz y sabes que nunca hallarás hombre que más te adore, porque yo expongo mi vida para obtener el tesoro de una confesión tuya.

—¿Y qué tesoro es el que esperáis? —burlóse ella, como arma defensiva contra la noche, la soledad, la ocasión y el embrujo de los verdes ojos dominantes.

—Oírte decir que me esperabas, oírte la sinceridad de que toda mujer espera la aventura si viene aureolada de pasión.

—En toda pasión hay pecado, señor bandido. Prefiero tomar a risa vuestra presunción. Creísteis seguramente al verme llegar, que iba a languidecer de amor. No soy una mujer liviana.

Frasco Zarzales rió con aparente melancolía.

—Cruel sois, Pilar Ocampo. Podéis negarme el derecho a contaros mi pena de amor. Pero no os riáis de mí.

Nerviosamente rió ella.

—¿Qué queréis, señor bandido? ¿Qué compadecida os haga caso?

—Compasión y caridad al mendigo, mi bella imprudente.

Y antes que ella pudiera adivinar lo que le sucedía hallóse en

pie, sujeta por abrazo, mientras en sus labios, un prolongado beso la aturdía.

No supo cuánto duró el beso que la sumió en zozobra. No supo tampoco cuándo cesó el beso, ni cuándo, libre del abrazo, quedó sentada de nuevo en el banco.

Sólo oyó como adormilada, la voz bronca del sevillano decir:

—Si hubieras acudido por piedad ante el lamento de un enamorado, le habría respetado, Pilarín Ocampo. Pero acudiste por curiosidad, y en damita de pacata gazmoñería, la curiosidad merece castigo. Y al igual que yo, “Pañuelo Negro”, castigo al malvado, castigo también a la coqueta peligrosa.

Despertó, ella como por encanto, asustada. Esperaba un nuevo arranque apasionado y casi sufrió una decepción al ver que el brusco salto ágil de Frasco Zarzales se debía a la repentina irrupción de un individuo de rubios cabellos y acerados ojos, el cual decía, secamente:

—¡Date preso, “Pañuelo Negro"! Mi gente rodea la casa.

Y el bastón que siempre llevaba Lorenzo Olivares reveló que era vaina de madera de un estoque agudísimo que centelleó al aire, apuntando hacia Zarzales.

El sevillano saltó de nuevo, hundiéndose en la espesura. Partió del muro un disparo, perforando la penumbra.

Oyóse un grito de excitación, y como un bólido partió el caballo atado hasta entonces en la cercanía del banco de mármol.

Juzgó oportuno desmayarse Pilar Ocampo, mientras Lorenzo Olivares valientemente lanzábase en persecución del jinete.

Varios soldados a caballo que habían sido llamados por Pablo Loreto y éste, salieron a galope tendido tras el que huía.

En el jardín, Roberto Roncal atendía a la supuesta desmayada. Lorenzo Olivares, más práctico, tras enfundar el estoque en el bastón, hurgó en la escarcela y extrajo el mensaje cuya lectura en el palco había sorprendido Roberto Roncal.

—Lleva a la señorita a la casa, Roberto.

Depositada en un sofá, Pilar O campo preparaba sus mentiras, porque por entre los párpados estaba viendo como a la luz de los candelabros Lorenzo Olivares leía el mensaje firmado “Pañuelo Negro".

En otras ocasiones, sus desmayos habían conseguido de sus

padres muchas concesiones. Hizo el mismo gesto de laxitud al incorporarse, extraviada la mirada.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido? —musitó candorosamente.

La taladrante mirada gris de Olivares pareció apuñalar a la joven.

—Acudisteis a una cita, cuando vuestro deber era avisar a los soldados, señorita. Bien clara está la firma. Preferisteis tener un dulce coloquio con el bandolero. Rogad con fervor para que mis hombres den alcance al bandolero, porque de no ser así, tendré que comunicar al virrey vuestra conducta.

—No le temo a vuestra amenaza, señor entrometido. Si vos decís al virrey lo que me ha sucedido, una debilidad de mujer perdonable, yo también revelaré al virrey que su hija pasó una noche entera en la cueva de “Pañuelo Negro”.

—El virrey es una excelente persona, señorita, y no se merece una inútil pena. Quedad con vuestros pensamientos, y haced algo útil. Librad a vuestros criados. Vamos, Roberto.

Media hora después, Pablo Loreto y los soldados regresaban y el agente manifestó la imposibilidad en aquella noche sombría y bochornosa de dar caza a un veloz jinete que partió hacia las montañas intrincadas.

Lorenzo Olivares regresó al Teatro Real. Después del concierto habría baile.

No gustaba de bailar, pero hasta la medianoche, podía averiguar algo claro, porque en la espera del informe escrito de Pablo Loreto. que pretendía demostrar que “Pañuelo Negro” era Humberto de Ferjus, tenía que sacar en limpio qué relación existía entre los principales sospechosos.

CAPITULO VIII

Lo prudente no quita lo valiente

—¿Y qué quieres, estudiante? ¿Que por un médico obsesionado y borracho y por una mujer que viste ropas de hombre, alarme yo a los que aquí han venido a divertirse?

Las bruscas preguntas del Pirata Negro obedecían a la reciente historia entrecortada con la cual habíale apartado Lucientes del resto de su familia.

—A vuela palabra te he contado lo que le sucedió a Dupeyron. Se ha despertado del desmayo, y todo síntoma de borrachera ha desaparecido en él. A duras penas le contiene d'Arsonval. Oye al médico y haz lo que mejor te parezca. Pero tú y yo tenemos instinto, ¿no, hidalgo? Ahora habla con sensatez el médico. Y sigue jurando que el hombre de la casaca de oro es la condesa Samaniego. Afirma que ya no puede estar seguro de si Olivares es o no el teniente Septentrión de los Montañeros, ya que sólo fijóse en el cabello rubio y los ojos grises. Pero jura que se avecina algo horrible, semejante al Baile de los Piratas. Hay ambiente e instinto, hidalgo. La atmósfera huele a tormenta y hay gente que se mueve por la sala, que no me gusta.

—Estás influido por la locura del médico. Vamos allá de una vez y que le tome yo el pulso a tu loco.

En un extremo de la galería de los cuadros, sentado junto a d'Arsonval que con el gesto y la palabra le estaba apaciguando, Dupeyron ofrecía en la contorsión de su semblante envejecido el aspecto de un alucinado.

—Calmaos, Dupeyron—solicitó Lucientes—. He aquí a mi amigo el conde Ferblanc, que está muy dispuesto a escucharos. Es también el coronel del Tercer Tercio, o sea, que si lográis convencerle,

redundará en beneficio de todos.

—Ella... era ella. No estoy loco, señores—dijo, con voz plañidera, el médico—. La he visto pasear con un hombre. ¡Y éste juro que es un Montañero!

—Escuchad, amigo — dijo amablemente Lezama—. También antes os confundisteis al pretender que Lorenzo Olivares era un Montañero. No quiero insinuar que divagáis, pero comprended que necesito, para tomar mis medidas, algo más convincente que simples parecidos, excusables en quien, como vos, padece una obsesión. Según he comprendido, del breve relato hecho por mi amigo Lucientes, pretendéis que alguien en la sala vistiendo masculino ropaje es la condesa Samaniego.

—¡Lo juro! ¡Es ella!

—Recapacitad un instante, doctor. Vos tendréis que admitir que después de aquel baile horrendo que vos presenciasteis, la condesa Samaniego murió. Los Montañeros sólo dejan tras ellos un montón de cadáveres.

Dupeyron mostró un rostro atormentado.

—Ella vive, aunque me resulta incomprensible cómo escapó.

—Ved de nuevo que divagáis. Supongamos escapó. ¿Cómo iba a estar paseando por esta sala con un Montañero?

—Un instante— intervino Lucientes. —Regreso inmediatamente.

—¿Dónde vas?—quiso saber Lezama.

—A hacer una prueba sencillísima. Me acercaré a la mujer que viste de hombre. Me inclinaré ante ella, besaré su diestra y mirándola con pupila abierta al rostro, le diré: “Os saludo, condesa de Samaniego”. Sí ni es hembra ni condesa y es un caballero, lo menos que me contestará es que me amarren. Pero si el doctor está en lo seguro como creo, se sobresaltará, porque pensará que nadie sabe quién es, Y de antemano, afirmo que la casaca de dorado fulgor encubre un hermoso busto femenino.

—Bien, intenta—aprobó Lezama. Total, un poco más o un poco menos, tu renombre de atolondrado no sufrirá desdoro ni menoscabo por extravagancia de más o menos.

Tardaba Lucientes en regresar. Impacientábase ya Lezama, cuando de pronto el doctor mantenido amistosamente por d’Arsonval, pareció próximo a saltar hacia delante.

Señalaba desesperadamente con la mirada a un individuo que

acababa de salir de la sala y se dirigía hada el interior.

—Es el Montañero—murmuró Dupeyron—. El que acompañaba a la condesa.

El Pirata Negro tenía el sentido instintivo de los hombres de vida azarosa. Adivinó algo especial, algo indefinible en el modo de andar del desconocido.

Separóse Lezama del médico y de d'Arsonval. En el exterior, adhiriéndose a la pared, pudo divisar la sombra alta y encorvada del desconocido que con pisadas cautelosas, también impropias de un invitado que sale a respirar aire libre, se dirigía hacia la parte izquierda del grandioso edificio.

Avanzando lateralmente, vio el Pirata Negro al alto y encorvado individuo girar lentamente la cabeza como para cerciorarse de que nadie estaba viéndole.

Y de pronto pareció elevarse en el aire. Estaba trepando por los escalones de hierro que verticalmente ascendían por el muro. Conducían al campanario remate de la cúpula del Teatro Real.

Cuando su silueta sólo visible para la aguda mirada de Lezama que desde abajo oculto en la penumbra seguía el ascenso de su masa, penetro en la torre del campanario, el Pirata Negro subió a su vez, tratando de hacer el menor ruido posible.

Cuando su rostro iba ya alcanzado los últimos peldaños, un vacilante resplandor le iluminó un instante para apagarse.

Asomó la frente Lezama y vio que el misterioso desconocido, alzando al extremo de su brazo derecho una tea de finos sarmientos que despedían vivo fulgor y que debía haber llevado entre sus ropas, trazaba en el interior del campanario un ancho círculo que repitió por tres veces, para de pronto truncarlo en cruz.

Era una señal que debía ser visible desde muy lejos para quien en aquel breve espacio de tiempo, oteara la alta torre de remate de la cúpula del Teatro Real,

Pisoteaba el individuo los restos de la tea chisporreante, cuando giró velozmente, casi por reflejo instintivo.

Pero la masa musculada, que se había abatido contra él, lo derribó violentamente y hallóse espalda contra si suelo, cabalgado sobre el pecho y un frío y agudo pinchazo le arañó el entrecejo..

—Canta, ángel. ¿Para quién las señales?

El desconocido guardó un hosco silencio.

El Pirata Negro hundió algo más la punta de su puñal.

—¡Y va la segunda! No tengo tiempo para perder. ¿A quién hacías señales? No era hacia el mar, sino hacia las montañas. Habla ya, o te barreno el serrín, ¡Montañero!

El sobresalto del desconocido no fue intento de forcejeo. Fue sorpresa.

—Tate... ¿Tendrá razón el médico? Oye, muchacho. Te han reconocido, y por eso te he seguido hasta acá. Habla y salvas el pellejo. Era... era la condesa de Samaniego la que, disfrazada de hombre, te acompañaba, ¿no?

El nuevo sobresalto de sorpresa del espía montañero, convenció ya a Lezama de que Dupeyron no divagaba. Preparábase algo contra Latacunga, y más posiblemente contra el Teatro Real, donde abundaban las joyas y las bolsas bien guarnecidas.

Levantóse de un salto, envainando su puñal. El Montañero encogió los músculos preparándose para un próximo combate.

La torre del campanario distaba unos treinta metros del suelo. Iba el montañero a abalanzarse, cuando contra su mandíbula chocó con violencia la puntera de la bota del Pirata Negro.

Aturdido el asesino, vaciló hacia atrás, a medias incorporado. Un recio puñetazo entre los dos ojos, le hizo alzar los brazos saliendo disparado hacia atrás.

Pareció quebrarse por la cintura al chocar contra ella el reborde de la torre y dando una vuelta sobre sí mismo con las piernas en alto, estrellóse contra el lejano suelo.

—Menos has tardado tú que yo en bajar—dijo Lezama, mientras apresuradamente descendía la escalera de hierro.

Era cierto, pues, lo que presentía el médico. Si tal vez el bochorno no fuera nuncio de terremoto, sino de simple tormenta, lo que era Indudable era que las señales que acababan de ser hechas desde la torre del campanario eran esperadas por Montañeros.

Entró Lezama corriendo.

—Teníais razón, doctor. Luego os explicaré. Ahora el tiempo apremia. Vos, d’Arsonval, id en busca de Lucientes. Esperadme los tres aquí. Regreso inmediatamente.

Acudió Lezama al palco donde Mireya de Ferjus y Gabriela Lucientes, acompañadas por Cheij, conversaban mientras en la sala, y en su centro, un ceremonioso “*minueto*” tenía lugar.

—¿Humberto?—inquirió el Pirata Negro.

—Un amigo vino a buscarle y no tardará en volver.

—Bien, sin rechistar, damitas de mis amores, salid con Cheij hacia casa. Ya os explicaré luego la razón de peso que os priva de ver a los demás divertirse.

Ellas dos levantáronse y cuando estaban ya en el rellano de la escalinata, Cheij no argumentó cuando su padre murmuró:

—Tan pronto en casa, que mis cuatro valientes monten guardia cerrada. Nadie entra, ni nadie sale, a no ser de los, nuestros. ¡Presto!

Regresó junto al médico, al cual halló solo. No tardaron en volver d'Arsonval y Lucientes, y, poco después, a todo galope, partían harta el cuartel del Tercer Tercio.

✲ ✲ ✲

Humberto de Ferjus sintióse aliviado cuando logró sustraerse a las múltiples efusiones de los que, terminado el concierto, acudían a felicitarle sinceramente.

Había alguien que en la sala causaba desasosiego a Humberto cada vez que se sentía observado por aquel extraño individuo.

Era un individuo de largos cabellos negrísimos, como ala de cuervo, casi de resplandor azulado. Un hombre extraño que por unos instantes estuvo paseando con otro individuo alto y encorvado.

Inexperto totalmente en lides amorosas, no podía, por tanto, definir qué extraña sensación era la que le producía el verse observado por el personaje de mirada alucinada y larguísimos cabellos de ondas naturales que se desparramaban sobre las espalderas de la casaca rígida de color dorado.

Anhelaba, al terminar, que aquel individuo se acercara a felicitarle. No lo hizo.

No obstante, al poco de estar en el palco, aquel desconocido le hizo un saludo. Breve inclinación de cabeza y el serio semblante se iluminó con una fugaz sonrisa cautivadora.

—Perdonad un instante—dijo Humberto—. Un amigo me llama.

En el saludo vio una invitación y al acercarse sólo sabía que deseaba oír la voz del desconocido.

—Acompañadme. Os quiero hablar

Era una voz suave, de matiz tenue.

Si extraña era la invitación, no lo pareció a Humberto, el cual siguió al desconocido que, saliendo por una puerta lateral y ya en la penumbra de una alameda posterior al edificio, dijo con su peculiar voz de indefinible encanto:

—Quería conoceros, Humberto de Ferjus. Vuestra música ha despertado en mi alma, ecos de antiguas bellezas. No me preguntéis la razón por la cual visto ropas masculinas, siendo como soy mujer.

—Debí adivinarlo. Pero no sabía explicarme por qué me producía inquietud vuestra mirada fija en mí.

—¿Inquietud?

—Una impresión que nunca resentí, señora...

—Llamadme por mi nombre: Teresa. Sois joven, marqués. ¿Qué edad tenéis?

—Dieciocho—mintió Humberto, valiéndose de su talla elevada y el aspecto reflexivo de su semblante.

—Tengo, pues, siete años más que vos, mi joven amigo. Dejadme llamaros mi amigo. ¡Si supierais...! Deseaba tanto hallar de nuevo esa recóndita armonía apagada que antaño cantaba mi alma. Os considero un alma gemela, porque sabéis decir con vuestro arco lo que mi alma antaño sentía. Vos podéis devolverme la vida, marques... ¡Si supierais!... Me costó mucho poder venir.

Poco.comprendía Humberto. Sólo sabía que la voz de la misteriosa Teresa le producía emoción y que la melancolía que en la penumbra divisaba en el bello rostro, le inspiraba deseos de compartirla.

—Nada quiero saber, Teresa. Seguramente, como decís, somos almas gemelas. A ambos nos une el mismo amor por la música.

—Pero... ellos vendrán. Bajarán de las montañas. Y no nos veremos más. ¡Y tanto quisiera yo que estuvierais siempre conmigo!

Juntó ella las manos como en infantil súplica. Sin saber por qué, Humberto de Ferjus, sintióse totalmente dispuesto a complacer a la incoherente y extraña mujer.

—Decidme, Teresa. ¿No vivís libremente? ¿Por qué vestís de hombre? ¿No podemos vernos en vuestra casa delante de vuestra familia? Yo traería mi violín.

—Soy prisionera y no tengo familia. Una muchedumbre de seres malvados me rodea siempre. No me mataron porque un hombre que me tiene el afecto de hermano me defendió.

Y siempre me defiende. Fue él quien consiguió que me dejaran venir con el espía que debía hacer las señales. Yo quería oír vuestra música...

El bello rostro tenía ahora en los negros ojos una hondura trágica, de íntima desesperación y desconcierto.

Y de pronto, mudamente, Teresa de Samaniego, condesa del mismo título, lloró calmosamente, con laxitud, como si las lágrimas fueran en ella un alivio necesario.

Humberto de Ferjus, apenado, suplicó:

—No lloréis, Teresa. Conmigo nada oís ocurrirá.

—Son ellos muchos y malvados.

—Venid conmigo si no tenéis casa. Mi padre es el más galante y bueno de los caballeros.

—Idos, Humberto—dijo ella, reposadamente—. Yo soy la condesa de Samaniego. Cuantos me amaron murieron trágicamente. Traigo el mal por donde voy.

—¡No! ¡Vos sois buena! Y quiero... quiero salvares de algo que no acierto a comprender lo qué es.

—Idos, Humberto.

—No. Vos vendréis conmigo. Dadme el brazo, Teresa. Y en mi casa, rodeada de gente buena, os explicaréis, si lo queréis. Si no, nadie os obligará a hablar. Allí tengo el mejor de mis violines. Sólo lo empleo para mi propio placer. Pero para vos, él cantará sus mejores melodías.

—Sí. Quiero oírlo.

Apoyóse ella en el antebrazo que le tendía Humberto. Sus gestos tenían una natural elegancia y delicadeza.

Tras una media hora de marcha, dijo Humberto, señalando a lo lejos:

—Aquella es mi casa, Teresa.

—Y allí tienes el mejor de tus violines. Tú eres bueno, Humberto. Me hablas como a una niña, y soy mayor que tú, ¿sabes? Tengo veinticinco años.

—Pareces mucho más joven que yo —dijo sincera y torpemente el inexperto galán.

Ignoraba que se hallaba ante el primer amor. Y no sabía la senda de tragedias que le aguardaba.

—No soy joven—dijo ella, tristemente—. Tengo veinticinco

siglos de amargura. Odio a los hombres que son brutales y malos. Todos... menos tú y Pierre.

—¿Pierre? — preguntó Humberto, sin saber que su repentina seriedad procedía de la primera aparición del peor tormento que el hombre enamorado conoce: los celos.

—Es mi hermano, el que me defendió siempre.

—¿Tu hermano? ¡Ah!...—y sonrió complacido Humberto.

—Más soldados—dijo Teresa, deteniéndose.

Imitó su gesto Humberto. Oíanse lentos los pasos acompasados de varios jinetes.

Donde estaban detenidos los dos jóvenes, la carretera formaba un recodo. Lentamente, tras la curva, fueron apareciendo varios jinetes. Llevaban lanzas y mosquetones.

—¡Ellos!—gritó Teresa de Samaniego, abrazándose a Humberto.

Uno de los jinetes avanzó al galope, y antes de que pudiera Humberto de Ferjus hacer el menor gesto, alzó la lanza y su remate chocó brutalmente contra la cabeza del muchacho.

Teresa de Samaniego abatióse llorando sobre el cuerpo inanimado de Humberto de Ferjus.

Los jinetes siguieron desfilando al paso de sus caballos, Uno de ellos se destacó, y vino a colocarse junto a la mujer que lloraba abrazada a Humberto de Ferjus tendido.

El jinete quedóse solo a retaguardia, del centenar de Montañeros que dirigíase hacia el Teatro Real.

Era un individuo alto, de rostro irregular, ojos hundidos y pardos con profundas arrugas en la frente y a ambos lados de la boca.

Escuchaba atentamente las palabras de la llorosa y postrada Teresa de Samaniego:

—¡Los seres malvados... te han dado muerte, Humberto! Tú eras bueno y me sentía confiada y protegida a tu lado, como cuando estoy junto a Pierre. Y te han matado. Como siempre, todo lo mustian y todo lo marchitan. Mis ecos, de la felicidad de antaño... tú música milagrosa me los despertó. Tu música borraba amarguras...

El jinete desmontó aproximándose a la mujer.

—Que eran soldados dijisteis, Humberto. Y no fui yo quien lo dijo...—Y alocadamente llevóse ella las manos ensangrentadas por

la herida de Humberto de Ferjus al rostro—. Te lo predije, Humberto. Traigo el mal conmigo.

—Seca el llanto, Teresa—dijo el jinete, manteniendo por la brida su negro caballo, en cuya silla se atravesaban una lanza y un mosquetón—. Soy yo, Pierre, y no debes llorar.

—¡Pierre!—exclamó ella, abrasándose a él. Y de pronto le golpeó el pecho con saña, apartándose: —Tú, tú tienes la culpa de la muerte de Humberto.

Pierre Brigand, conocido por “Occidente” entre los Montañeros y uno de los cuatro tenientes de la temible banda misteriosa, cogió las muñecas a Teresa de Samaniego.

—Ven. Cuando los Montañeros a mis órdenes hayan terminado con lo que aquí nos ha traído, volveremos a la montaña. Ven. ¿Por qué te fuiste del Teatro Real?

—¡Vete tú allá! Yo quiero quedarme junto a Humberto.

—Como quieras, hermanita—sonrió “Occidente”—. Es preferible que no veas lo que allá sucederá.

Montó a caballo Pierre Brigand y de pronto arqueó las cejas sorprendido, porque temiendo por el único Montañero que la había protegido matando a varios, Teresa de Samaniego exclamó:

—No vayas. Deja a los otros, Pierre. Hay muchos soldados, muchos que allá están. Centenares de jinetes. Deja a los otros malvados, Pierre. Ellos no aguardarán tu orden para matar y morir.

Oyóse de pronto a lo lejos una descarga cerrada. Pierre Brigand, espoleando furiosamente su montura, dirigióse hacia donde las descargas de los mosquetones estaban iluminando los contornos del Teatro Real.

Teresa de Samaniego arrodillóse de nuevo, y cogiendo la ensangrentada cabeza de Humberto de Ferjus, la colocó en su regazo. Rasgó la parte inferna de su casaca y con ella fue restañando la sangre que manaba.

